AÑO I. Madrid, 26 de Julio de 1884. Núm. 35.

LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

—Bueno—dijo Ahmet—y Bruno supongo querrá ayudaros con el permiso del señor Van Mitten.

—¡Vé, Bruno, vé!—respondió el holandes.

El guía y Bruno entraron en la caverna, llevando las mantas de viaje, capas y caftanes, que debian servir de útiles de cama. Amasia, Nedjeh y sus compañeros no se habian mostrado exigentes en la cuestion de la comida; la cuestion del reposo debian encontrarla muy fácilmente, sin duda.

Miéntras se acababan los últimos preparativos, Amasia se habia aproximado á Ahmet, le habia cogido la mano y le decia:

—Mi querido Ahmet, ¿vais á pasar todavia así toda la noche sin descansar?

—Sí—respondió Ahmet—que no queria dejar vislumbrar sus inquietudes.—¿No debo velar por todos aquellos seres que me son queridos?

—En fin, ¿será la última vez?

—¡La última! ¡Mañana habrémos terminado con todas las fatigas de este viaje!

—¡Mañana!....—repitió Amasia levantando sus bonitos ojos hácia el jóven cuya mirada respondió á la suya, ese mañana que parecia no llegar nunca.

—Y que sin embargo va á durar siempre—respondió Ahmet.

—¡Siempre!—murmuró la jóven.

La noble Saraboul, habia cogido la mano de su desposado, y mostrándole á Amasia y Ahmet:

—¡Los veis, señor Van Mitten, los veis á los dos!—dijo suspirando.

—¿Quién?.....—respondió el holandes cuyos pensamientos estaban léjos de seguir un curso tan tierno.

—¿Quién—replicó agriamente Saraboul—esos jóvenes?..... ¡Verdaderamente, os encuentro muy serio!

—¡Sabeis—respondió Van Mitten—que los holan-

deses!..... ¡Holanda es un país de diques!..... ¡Hay diques por todas partes!

—¡No hay diques en el Kurdistan!—exclamó la noble Saraboul, herida en su amor propio por tanta frialdad.

—¡No, no hay!—repuso el señor Yanar, sacudiendo el brazo de su cuñado, que creyó ser aplastado por aquel torno viviente.

—¡Felizmente—no pudo ménos de pensar Keraban—nuestro amigo Van Mitten será libertado mañana!

Despues, volviéndose hácia sus compañeros, dijo:

—¡Pues bien, la habitacion está pronta! ¡Una ha-

Yanar le empujaba.

bitacion de amigos, donde hay sitio para todo el mundo!..... ¡Ya son las once!..... ¡Sale la luna!..... ¡Vámonos á dormir!

—¿Vienes, Nedjeb?—dijo Amasia á la jóven zíngara.

—Os sigo, querida señorita.

—¡Buenas noches, Ahmet!

—¡Hasta mañana, querida Amasia, hasta mañana!—respondió Ahmet conduciendo á la jóven hasta la entrada de la caverna.

—¿Me seguis, señor Van Mitten?—dijo Saraboul, con un tono que no tenia nada de agradable.

—¡Ciertamente!—respondió el holandes.—Por otra parte, si fuese necesario podria acompañar á mi jóven amigo Ahmet.

—¿Qué decis?.....—exclamó la imperiosa kurda.

—¿Qué dice?—repitió el señor Yanar.

—Digo—respondió Van Mitten—digo, querida Saraboul, que mi deber me obliga á velar por vos..... y que.....

—¡Sea!..... ¡Velaréis..... pero allí!

Y le mostró con una mano la caverna, miéntras Yanar le empujaba por la espalda, diciendo:

—¿Hay una cosa de la que sin duda no dudais, señor Van Mitten?

—¿Que hay una cosa de la que no dudo, señor Yanar?..... ¿Y cuál?

—¡Que al casaros con mi hermana os habeis casado con un volcan!

Bajo la impulsion dada por un vigoroso brazo, Van

Mitton franqueó el dintel de la caverna, en donde su desposada acababa de precederle, y en la que le siguió incontinenti el señor Yanar.

En el momento en que Keraban iba á entrar á su vez, Ahmet le retuvo por el brazo, diciendo:

—¡Tio, una palabra!

—¡Nada más que una, Ahmet!—respondió Keraban.—Estoy cansado y tengo necesidad de dormir.

—Bien, pero os ruego que me oigais.

—¿Qué tienes que decirme?

—¿Sabeis en dónde estamos aquí?

—¡Sí..... en el desfiladero de las gargantas de Nerissa!

—¿Á qué distancia de Scutari?

—Cinco ó seis leguas apénas.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Pues..... nuestro guía.

—¿Y teneis confianza en ese hombre?

—¿Por qué habia de desconfiar?

—¡Porque ese hombre, al que vengo observando desde hace algunos dias, tiene trazas muy sospechosas!—respondió Ahmet.—¿Le conoceis, tio? ¡No! En Trebisonda se ofreció á conduciros hasta el Bósforo. Habeis aceptado sus servicios sin saber quién era. Hemos partido bajo su direccion.....

—¡Y bien, Ahmet, él ha probado suficientemente que conocia los caminos de Anatolia, me parece!

—Incontestablemente, tio.

—¿Buscas una discusion, sobrino?—preguntó el señor Keraban, cuya frente comenzó á arrugarse con una persistencia algo inquieta.

—¡No, tio, no, y os ruego no veais en mí ninguna intencion de desagradaros!..... ¡Pero, qué querois, no estoy tranquilo, y tengo miedo por todos los que amo!

La emocion de Ahmet era tan visible, miéntras que hablaba así, que su tio no pudo oirle sin emocionarse profundamente.

—Veamos, Ahmet, hijo mio, ¿qué tienes?—repuso.—¿Por qué esos temores, en el momento en que todas nuestras fatigas van á terminar? Quiero convenir contigo..... pero contigo solamente..... que he hecho una terquedad al emprender este insensato viaje! ¡Confesaré que sin mi terquedad en hacerte abandonar á Odessa, el rapto de Amasia probablemente no se hubiera efectuado!..... ¡Sí, todo eso es por mi culpa!..... Pero, en fin, hénos aquí en el término de nuestro viaje!..... Tu casamiento no se retardará ni un dia..... Mañana estarémos en Scutaris..... y mañana.....

—¿Y si mañana no estuviésemos en Scutari, tio? ¿si estuviésemos más alejados de lo que nos dice ese guía? ¿si nos hubiese extraviado á propósito, despues de habernos aconsejado el abandonar los caminos del litoral? ¿y, en fin, si ese hombre fuese un traidor?

—¿Un traidor?.....—exclamó Keraban.

—Sí—repuso Ahmet;—¿y si ese traidor sirviese bajo los intereses de los que hicieron robar á Amasia?

—¡Por Allah, sobrino! ¿De dónde puedes deducir esa idea, y en qué se funda? ¿en simples presentimientos?

—¡No, en hechos, tio! ¡Escuchadme! Desde hace algunos dias, ese hombre nos ha abandonado á menudo durante las paradas, bajo pretexto de ir á reconocer el camino..... En muchos sitios se ha alejado, no inquieto, sino impaciente, como el hombre que no quiere ser visto..... La noche última abandonó durante una hora el campamento..... Le seguí, ocultándome, y afirmaria..... y áun afirmo, que una señal con fuego fué dada desde un punto del horizonte..... una señal que él aguardaba.

—En efecto, eso es grave, Ahmet—respondió Keraban.—¿Pero para qué combinar las maquinaciones de ese hombre con las circunstancias que trajeron el rapto de Amasia en la *Guidare*?

—¡Eh, tio! ¿esa embarcacion á dónde iba? ¿á ese pequeño puerto de Atina, en donde se perdió? ¡No evidentemente!..... ¿No sabemos que fué arrojada por la tempestad fuera de su camino? ¡Pues bien, por mi parte, su destino era Trebisonda, en donde se provisionan los harems de esos nababs de Anatolia!..... Allí se ha podido fácilmente saber que la jóven robada habia sido salvada del naufragio, ponerse en pista y enviarnos ese guía para conducir nuestra pequeña caravana á cualquier asechanza.

—Sí, Ahmet—respondió Keraban—en efecto..... ¡Podrêis tener razon!..... ¡Es posible que nos amenace algun peligro!..... ¡Has velado..... has hecho bien, y esta noche velaré contigo!

—No, tio—repuso Ahmet—descansad..... Estoy bien armado, y al primer alerta.....

—¡Te digo que velaré tambien!—repuso Keraban.—¡No podrá decirse que la imprudencia de un testarudo de mi especie haya podido traer alguna nueva catástrofe!

—No, no os fatigueis inútilmente..... El guía, segun mi órden, debe pasar la noche en la caverna!..... Entrad.

—¡No entraré!

—Tio.....

—¡Vas á contrariarme ahora!—replicó Keraban.—¡Ah! ¡ten cuidado, Ahmet! ¡Hace mucho tiempo que nadie ha disputado conmigo!

—Sea, tio, sea; velarémos juntos.

—¡Sí, una velada sobre las armas, y desgraciado el que se aproxime á nuestro campamento!

El señor Keraban y Ahmet iban y venian, las miradas fijas en el estrecho paso; escuchando los menores ruidos que hubieran podido propagarse en medio de aquella silenciosa noche, hicieron buena y fiel guardia á la entrada de la caverna.

Dos horas se pasaron así, despues una. Nada sospechoso se habia producido hasta entónces que fuese de naturaleza de justificar las suposiciones del señor Keraban y su sobrino. Podian, por lo tanto, esperar que la noche se terminase sin incidentes, cuando hácia las tres de la mañana, gritos, verdaderos gritos de espanto resonaron en la extremidad del paso.

En seguida, Keraban y Ahmet saltaron hácia sus armas, que habian sido depositadas al pié de una roca, y aquella vez, poco confiado en la exactitud de sus pistolas, el tio habia cogido un fusil.

En el mismo instante, Nizib, corriendo muy sofocado, aparecia en la entrada del desfiladero.

—¡Ah, amo mio!

—¿Qué hay, Nizib?
—¡Señor..... allí abajo..... allí abajo!.....
—¿Allí abajo?.....—dijo Ahmet.
—¡Los caballos!
—¿Nuestros caballos?.....
—¡Sí!
—Pero habla, estúpido, animal—exclamó Keraban, que sacudió rudamente al pobre mozo. ¿Nuestros caballos?
—¡Robados!
—¿Robados?
—¡Sí!—repuso Nizib.—Dos ó tres hombres

Kerabán y Ahmet hicieron buena y fiel guardia á la entrada de la caverna.

se han arrojado en el pasto..... para apoderarse.....
—Se han apoderado de nuestros caballos—exclamó Ahmet—¿y se los han llevado, dices?
—¡Sí!
—¿Por el camino..... de ese lado?—repuso Ahmet, indicando la dirección del Oeste.
—¡Por ese lado!
—Es necesario correr..... correr detras de esos bandidos..... y recuperarlos.....—exclamó Keraban.
—Aguardoos, tio—respondió Ahmet.—Querer recuperar nuestros caballos, es imposible..... Lo que es necesario, ante todo, es poner nuestro campamento en estado de defensa.
—¡Ah! amo mio.....—dijo repentinamente Nizib á media voz.—¡Mirad, mirad..... Allí..... allí.

Y con la mano mostraba la arista de una alta roca que se destacaba á la izquierda.

XIII.

EN EL QUE, DESPUES DE HABER DISPUTADO CON SU ASNO, EL SEÑOR KERABAN SE ENCUENTRA FRENTE Á FRENTE CON SU MAYOR ENEMIGO.

El señor Keraban y Ahmet se habian vuelto. Miraban en la direccion indicada por Nizib. Lo que vieron les hizo retroceder bien pronto, de manera de no ser vistos.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

Pusiéronse todos en camino, con gran alegría de Benedicto, que, harto ya de su pontificado, recobró bruscamente sus prosáicas maneras hablando con sus cómplices.

—¡Uf—dijo á Tinguy, que no entendió ni una palabra de la conferencia.—He salvado otra vez la situacion.

—Y yo he salvado la caja—repuso el forzado enseñando su hombro, enrojecido por la correa del zurron, que le azotaba los costados.

—¡Calla!..... ¡Es verdad, la pepita!..... Ya no me acordaba de ella.

—Yo sí. Estas cosas no se olvidan fácilmente ni se encuentran á cada paso.

—Paciencia, hijos mios, paciencia. Dentro de poco tiempo tendrémos todas las que queramos.

—Siempre que sean pedruscos como éste que llevo, no pediré más. ¡Oh! Puedes cargarme como un mulo, que no me quejaré.

La columna avanzaba lentamente en direccion á la *Buena Madre*. El lector habrá adivinado sin dificultad que el objetivo de los aventureros era el Eden de los Robinsones de la Guayana. Benedicto se proponia dar un golpe maestro. Á la vez que podia conservar á sus órdenes la tribu entera, á la que despues haria emigrar á tan fértil sitio, satisfacia sus antiguos deseos de venganza contra Robin.

La terrible tormenta de agua cayó sobre ellos no léjos del lugar en que los Robinsones, ignorantes del peligro que les amenazaba, habian establecido su campamento. Los tunantes oyeron el estrépito producido por la caida de los enormes árboles; pero la ciega fatalidad que en aquel momento heria á los inocentes, perdonó á los malvados.

La furiosa convulsion de la Naturaleza pasó como cólera de niño; se disiparon las pesadas nubes, y la luna iluminó con su serena luz los grandes bosques.

Los salvajes habitantes de la selva, espantados por aquel súbito trastorno, habian huido. Las vastas arcadas de ramaje ya no repercutian los múltiples gritos de las fieras. Todo callaba despues de aquel formidable *¡Quos ego!* de la Naturaleza airada.

Una sola voz rompió aquel silencio de necrópolis. Oyóse un grito humano, ó más bien un gemido, uno de esos llamamientos angustiosos que desgarran la nube de agonía flotante sobre un campo de batalla. La voz no pedia auxilio. Aquel quejido era la inconsciente protesta de un organismo contra el dolor.

Los supersticiosos, dominados por el terror, se acercaron á los blancos.

—¿Has oido?—preguntó Ackoumbaka tembloroso y sin apartarse de Benedicto.

—Sí, he oido la voz del piaya que pide venganza—respondió el miserable.

El grito se reprodujo más vibrante y más desesperado.

—Es un hombre, no hay duda—continuó el vigilante hablando consigo mismo.—¿Quién puede encontrarse en tal sitio y á tal hora?

—¡Ah, diablo! Si fuesen..... Sí, caramba. Si fuesen los individuos que despues de haber robado las pepitas de la gruta nos encerraron bonitamente en ella.....

Comunicó estas instrucciones á sus cómplices que, como siempre, estuvieron de acuerdo con él. Tinguy abundó en aquella opinion pretendiendo que acaso pudieran apoderarse de la *Ayeha*.

—No eres tan bruto como pareces—replicó Benedicto.

—En marcha, y vamos á llevar hasta el fin esta aventura.

Los indios le siguieron á pesar de la aversion que experimentan para caminar de noche, aversion aumentada en aquel momento por el terror que les inspiraba el misterioso grito. La tropa avanzó hasta el sitio devastado por el huracan. La luna bañaba con sus límpidos rayos la extensa tala; los árboles que habian quedado en pié formaban una muralla circular en torno de aquella confusion monstruosa de troncos rajados, copas retorcidas, ramas quebradas y bejucos rotos.

Una mancha blanca, muy pequeña se destacaba con vigor sobre el oscuro fondo á pocos pasos de los aventureros. Una rama delgada y seca crujió bajo el zapato de Benedicto. El objeto blanco se alargó, aumentando de tamaño y levantándose. Era un hombre, al parecer herido, ó por lo ménos gravemente contuso.

Uno de los indios lanzó una exclamacion de sorpresa, casi de terror.

—¿Quién va?—preguntaron en frances.

—Eso digo yo, ¿quién va?—contestó rudamente el sotacómitre.

—Un herido que pide socorro para su compañero y para él.

—¿Sois muchos?

—Cuatro. El huracan se ha desencadenado sobre nuestra choza y mis compañeros están sepultados debajo de las ramas..... acaso hayan muerto—continuó el hombre sollozando.

—Vamos, tened valor, todo puede arreglarse. Nosotros os ayudarémos.

Benedicto avanzó hácia el desconocido á quien no parecia intimidar la llegada de una tropa numerosa. Un rayo de luz hirió su rostro. Era un hombre muy jóven.

—Caramba—gruñó el vigilante estupefacto.—Tengo que poner una hermosa vela al Buen Dios de la tempestad. Pero, llêveme el diablo si este pillastre no es el que acompañaba á Robin.

—Os ruego que vayais pronto á socorrerlos. Me parece que no se mueven. Ayudadme á separar estas ramas.

—Allá vamos, jóven, allá vamos y de buena voluntad, podeis creerme.

—¡Oh! gracias.

—¿Estais herido?

—No. Tengo como rotos todos los miembros de mi cuerpo.

—Ese—dijo en voz baja Benedicto al jefe indio—es el enemigo de tu raza. Vigílale y procura que no se escape. Vamos á atrapar los otros. Ya ves que Gadu nos protege.

Los tres forzados y los pieles rojas no estaban inactivos. Su práctica de exploradores de los bosques les permitió organizar muy acertadamente los medios de salvacion. Miéntras unos se deslizaban bajo las ramas con la elasticidad de un reptil, otros cortaban con precaucion ó intentaban practicar un sendero que condujera al punto señalado por el jóven y en el cual debia estar la choza.

Al cabo de una hora de penosas investigaciones, oyóse una voz ahogada que salia del monton de ramas rotas. Era la de Bonnet. El forzado, gracias á su poderosa agilidad, habia conseguido penetrar despues de infinitos trabajos hasta el sitio en que yacian los tres hombres inmóviles como cadáveres. Por milagrosa casualidad estaban extendidos debajo de un árbol colosal, que habiéndose roto á cinco piés del suelo quedó apoyado en la base de su tronco formando un techo inclinado sobre ellos.

Estaban completamente desvanecidos, pero sin heridas ostensibles. Su síncope debia haberse producido por la incalculable fuerza del choque que les hizo caer al suelo.

Los trabajadores se habian dirigido precipitadamente hácia el punto de donde salia la voz de Bonnet, el cual daba á su jefe aquellas cortas explicaciones á través de las ramas. Practicaron una especie de pozo en medio de la capa de vegetales que no tenia ménos de siete ó ocho metros de espesor en aquel sitio. El jóven siempre espiado por la mirada inquieta de Ackoubeka estaba en la primera fila de los salvadores, y habia recobrado en un instante su vigor y su energía. Él solo trabajaba tanto como cuatro hombres.

—Hé aquí un prójimo á quien no hay que perdonar el amarre, gruñia Benedicto un tanto inquieto por aquella fuerza de atleta, á pesar de los guardias de corps que rodeaban al jóven.

Despues de esfuerzos numerosos y de tentativas infructuosas, los tres heridos levantados suavemente por medio de las cuerdas, fueron colocados junto á una gran hoguera.

El jóven dió un grito de alegria, é iba á precipitarse hácia ellos, pero no tuvo tiempo. Cayó pesadamente en el suelo con la cabeza y los brazos rígidos dentro de una hamaca, como en las mallas de una red, y las piernas trabadas con un bejuco.

—Despacio, amigo mio, despacio—dijo irónicamente Benedicto. Tenemos que arreglar unas cuentecitas con ese individuo que se os parece tanto, y á quien conozco de antigua fecha.

Los dos jóvenes y su padre, á quienes habian dado los indios fuertes fricciones, recobraban lentamente los sentidos. Un trago de ron introducido á través de sus mandíbulas les hizo volver á la vida. En el momento en que sus ojos se abrian á la luz y se fijaban en la hoguera con esa sorpresa natural en hombres asombrados de encontrar seres vivientes, cuando su pecho se dilataba al aspirar las primeras bocanadas de aire fresco, observaron con espanto que estaban atados y sin poder moverse.

Benedicto avanzó lentamente hácia ellos, y se detuvo cerca de la hoguera, cuyos sangrientos resplandores iluminaban su rostro feroz. Con un ademan brusco se quitó su gorra de cogotera, gritando con voz estridente, al mismo tiempo que miraba al proscripto cara á cara:

—¿Me reconoces, Robin?

El prisionero se dió cuenta de la situacion con la claridad particular de los que están acostumbrados á toda clase de peligros. Con una mirada reconoció al antiguo vigilante, y ni siquiera pronunció una palabra para no hacer honor á la pregunta. Sus facciones altivas y severas conservaron su imponente serenidad, pero la mirada que dejó caer sobre el miserable encerraba tan abrumador desprecio, que éste creyó sentir una bofetada en su mejilla.

Púsose pálido, é hizo un movimiento como para arrojarse sobre él. Las exclamaciones de rabia, las blasfemias y los insultos se atropellaban en su garganta. Queria y no podia articular ningun sonido, consiguiendo sólo aullar. Parecia imposible que el organismo humano llegase á estar dominado por un acceso de furor tan insensato.

Robin y sus hijos contemplaban aquella escena con una especie de curiosidad fria y desdeñosa, y se les hubiera creido espectadores desinteresados mejor que actores de un drama, cuyo desenlace seria terrible. Parecian una familia de leones divirtiéndose con las contorsiones de un lobo hidrófobo.

Los indios y los bandidos callaban asombrados por la violencia de aquella escena, con la que, sin embargo, estaban familiarizados.

—¡Como perros!..... sí. ¡Como perros reventaréis todos, logró vociferar por fin el miserable.

Los labios del proscripto se entreabrieron, y con voz tranquila y bien timbrada, se limitó á decir:

—¡Cobarde!.....

Aquel epíteto lanzado á boca de jarro hubiera podido determinar una catástrofe irreparable; pero en el bandido produjo el efecto de una ducha helada. Se calmó como por encanto, y á no ser por el tem-

Estaban extendidos debajo de un árbol colosal.

blor de su voz aun agitada, hubiera sido imposible concebir la violencia del acceso que acaba de dominar súbitamente.

— Me pagarás eso con lo anterior. Te juro que me ha faltado poco para romperte el cráneo con la culata de mi escopeta. Á tal me gustan los procedimientos expeditivos.

— Pero ya que así lo requieren las circunstancias, voy á entregarte en manos de los indios. Son unos aterrorizadores sumamente hábiles. Asistiré á la sesion y la dirigiré.

Tú serás el último para dar mayor brillo á la fiesta. Mis excelentes pieles-rojas comenzarán por tus compañeros. Son hijos tuyos, ¿no es cierto? Lo he conocido por el ódio que me inspiran. Se parecen á ti como una manada de tigres á su padre. Buenos mozos. Veremos cómo se portan cuando mi digno amigo Ackombaka les haga sus caricias. Tambien tengo curiosidad por saber si estarás tan arrogante cuando despues de haberles visto acribillados por las moscas locas y las hormigas de yuca, revientes como sapos, ahí, en tus barbas.

Los prisioneros permanecian impasibles y mudos ante aquellas fanfarronadas innobles. Tan sólo sus ojos, clavados en los del bandido, parecia que le aterraban con sus miradas de desprecio.

Los pieles-rojas, que sabian apreciar el valor, admiraban aquella firmeza inquebrantable. La actitud de los jóvenes, ó por mejor decir, niños, les llenaba de asombro, aumentando su respeto hácia los hombres de la raza blanca. La fiesta del dia siguiente seria magnífica, proporcionándoles el placer de aplicar las fórmulas más refinadas del arte del verdugo, en el cual eran maestros consumados.

La sombra del difunto piaya quedaria bien vengada y *Mansa Gadu* le abriria de par en par las puertas del Paraiso especialmente reservado á los pieles-rojas. Ackomtaka, que nunca habia «operado» en blancos, abrigaba ciertas inquietudes acerca de la actitud que deberia adoptar en el momento solemne. Si Benedicto no hubiese afirmado enérgicamente que aquel hombre de luenga barba habia tomado la forma de una mosca loca para penetrar en la faringe del piaya, jamas se hubiera atrevido el pobre diablo á poner su mano en seres tan superiores.

Pero la afirmacion del bandido, que tambien era blanco, y su presencia en el lugar del suplicio con sus compañeros de infancia lo comunicarian el aplomo necesario. Con esto y con auxilio del ron, todo saldria á pedir de boca.

Benedicto dirigió á sus víctimas la última mirada de ódio y añadió encarándose con Robin:

—No necesito explicarte los motivos de mi conducta contigo. Estamos en medio de los bosques, léjos de la civilizacion, afortunadamente, y sin otra ley que la del más fuerte. Aun cuando no hubiera por medio más que la antigua cuenta que tenemos sin arreglar, esto bastaria. Pero á cada instante voy confirmando mi sospecha de que tú, en compañía de tus hijos, fuiste quien trató de aplastarnos debajo de los árboles del arroyo y quien hirió á uno de mis compañeros. ¿No has sido tú tambien el que favoreció la evasion de aquel piel-roja que teníamos prisionero?

—Yo he sido—contestó Robin con enérgia.

—No esperaba ménos de tu franqueza. Tu confesion tranquiliza mi conciencia—prosiguió irónicamente.—Pasaréis aquí la noche; se está muy bien. Media docena de pieles-rojas al mando de uno de mis sabuesos velarán vuestro sueño; estaréis bien guardados, yo os lo aseguro. Ea, descansad y no tengais sueños tristes. Hasta mañana.

Robin y sus tres hijos se sentaron unos al lado de otros, apoyándose en un montan de hojas de maiz. Un indio que llevaba una gran calabaza llena de cuac les brindó con el contenido, pero no aceptaron. Otro les ofreció un cubi lleno de agua, de la que bebieron algunos tragos, experimentando mucho consuelo.

Benedicto se habia retirado y los pieles-rojas velaban al mando de Bonnet, á quien el antiguo vigilante puso al corriente de la situacion.

Los prisioneros conversaban en voz baja, pero en inglés, con descontento del mísero, que hubiera deseado saber lo que decian. No les impuso silencio porque el jefe habia dado órden de permitir que se comunicasen entre sí, no por obedecer á un sentimiento humanitario, sino porque esperaba de aquellas confidencias, de aquella solemnidad dolorosa de la última entrevista, un momento de debilidad en su enemigo.

Sus esperanzas no se realizaron. Los Robinsones, aquellos atletas moral y físicamente considerados, estaban dispuestos desde la infancia para toda clase de luchas. Los reveses más implacables, las catástrofes más espantosas podian conmoverlos, pero abatirlos no.

Y sin embargo, se hallaban irremisiblemente perdidos, á ménos que ocurriera uno de esos milagros tan poco frecuentes en aquellos sitios. No tan sólo eran impotentes para intentar un esfuerzo desesperado, romper sus ligaduras y huir, sino que estaban condenados á no hacer ni un movimiento á causa de las cuerdas que los verdugos habian redado á todos sus miembros.

—¡Hijos mios!..... ¡mis queridos hijos!—murmuraba el proscripto con el corazon quebrantado por la angustia, pero sin que su rostro se alterase.—Creo que estamos perdidos. No nos queda más que prepararnos á morir, y á morir con valor.

—Padre, estamos dispuestos—respondieron á una voz aquellos heroicos jóvenes.

—Padre, tengo el orgullo de decirte en nombre de mis hermanos y en el mio—repuso Enrique—hemos vivido sin tacha y vamos á morir sin miedo.

—Ya sé que sois valientes, queridos hijos de mi sufrimiento y de mi amor. No temo la flaqueza, pero me horrorizo al pensar que mañana os veré sin defensa en medio de esa turba de salvajes y que ese monstruo de aspecto humano, ese desecho de los presidios insultará vuestra agonía sin que yo pueda dar mi vida por salvaros.

—¿Es ese hombre—preguntó Eugenio—el que tú arrancaste de las garras del tigre?

—El mismo, y vosotros sois víctimas de mi generosa accion.

—¿Qué nos importa la vida sin ti!—dijo Edmundo.—Cien veces hemos desafiado la muerte desde el dia en que te arrebataron de nuestros brazos. Esa lucha de todos los momentos, emprendida en aquella ocasion y continuada siempre sin tregua ni descanso, nos ha familiarizado con la idea de una muerte prematura.

—Padre, no sentimos más que no poder realizar los grandes proyectos ideados contigo para el porvenir de nuestra patria adoptiva.

—¿No sentis más que eso?—preguntó con voz ahogada el proscripto, de cuyos ojos brotaron lágrimas.

—¡Nada más! ¡Ya sabes que *ella* morirá cuando sepa que hemos dejado de existir!

Hasta entónces no habian hecho los valerosos jóvenes ninguna alusion á su madre. Eran inútiles las palabras. ¿No estaba lleno su corazon con el recuerdo de aquel sér querido? Todos formaban una sola alma en varios cuerpos, y ella asistió en espíritu á su fúnebre conversacion. Por eso no decian «nuestra madre», sino que la designaban con esta sola pala-

bra: *ella*. Y este apelativo implicaba con el pensamiento la idea de una colectividad cuyos elementos eran esencialmente solidarios unos con otros.

—¡Pobre Cárlos!—murmuró el desgraciado padre.

—Cárlos es un hombre—repuso con firmeza Enrique—y recogerá nuestra herencia. Es preciso que viva y que personifique nuestra idea. La magnitud de la empresa está á la altura de su valor.

. . . . . .

Mientras que los Robinsones de la Guayana, irrevocablemente condenados asistían vivos aún á la velada de su muerte, comenzaba la orgía en el claro del bosque. Indios y forzados bebían con avidez, y únicamente Benedicto era dueño de sí mismo. Tinguy se había embarrachado y tenía el alcohol triste.

—Has dicho, repetía por vigésima vez—que el de las grandes barbas, el padre de los jóvenes, es un antiguo compañero de allá.

—Sí—replicaba con rabia al vigilante;—déjame en paz.

—¿Y has tenido algo que ver con él?—continuaba con su indolente tenacidad de ébrio.

—¡Sí, sí. ¡Basta! He dicho.

—¿De modo que es ése el que cortó la cabeza del tigre cuando estaba comiéndole una pierna? Tienes una manera muy cara de pagar tus deudas. ¿Vas á dejar que esos pieles-rojas le hagan picadillo? Valen ménos que un presidiario. Cualquiera de nosotros puede sentir el agradecimiento. Tú no tienes nada en el corazon. Yo no quisiera que le matasen.....

El ruido sordo de un puñetazo cortó la frase. El borracho vaciló cayendo y tropezando en las ramas, hasta que se durmió en un montón de hojas.

Iba á rayar la aurora y no tardarian en comenzar los preparativos del suplicio. Algunos indios acurrucados cerca del fuego tejian «manaretes» con fibras de aruma. Estos manaretes, en número de cuatro debian servir para aprisionar por medio del cuerpo las muñecas locas. Había uno para cada víctima.

Dos emerillones habian marchado en descubierta á buscar nidos. La hora era propicia para la captura de los hymenopteros medio dormidos en aquel momento matinal. Varios atormentadores aficionados hacian provision de espinas de quesero y de camahan, otros preparaban sus flechas y redondeaban *butus*, especie de bolas de madera endurecida que reemplazaban á las puntas, y estaban destinados á aturdir á los animales sin llegar á herirles. Los prisioneros reunian un vigor excepcional, y era de suponer que soportarian toda la serie de suplicios. Sucesivamente serian picados, agujereados, mechados y cortados en menudos trozos.

¡Qué alegría para aquellos sencillos hijos de la Naturaleza poder llevar algunas tajadas de hombre blanco, curadas al humo, y colgar en las vigas de sus espaciosas cabañas aquellos despojos pintados con ocre. Con tales amuletos infalibles, nunca podria ser vencida la tribu; pues como los blancos eran fuertes y valientes, los poseedores de aquellos talismanes serian semejantes á los hombres de quienes procedian.

Han terminado los preparativos de la lúgubre ceremonia. El suplicio va á comenzar. Los sonidos de la flauta indú desgarran la atmósfera que rodea el bosque. Sus guerreros se han atabiado como el caso requiere. Todos, sin excepcion, se han pintado de «rucu» y parece que salen de un baño de sangre. Extrañas líneas trazadas con el oscuro jugo del genipa forman sobre aquel sangriento fondo dibujos muy curiosos. Cada cual tiene su pintura particular, como los antiguos cruzados sus escudos de armas. Llevan en la mano derecha un gran arco con cuerda de fibras de mahoi y el haz de largas flechas de asta de gynerium, guarnecidas en su base con plumas de tucan ó de trupial.

Han enarbolado sus collares y sus coronas de plumas. Estas coronas, en cuya confeccion despliegan los indios una habilidad y una paciencia increibles, son de tres clases: unas blancas, otras negras y una tercera especie formada por cuatro segmentos iguales; dos rojos y dos amarillos. Las blancas proceden del pecho, de una variedad de tucan llamado achillons por los criollos, y *ramphastus toco* por los naturalistas. Las negras están hechas con la cresta del agami y las últimas de brillantes colores se componen de plumas de *cui-cui*, otro tucan, llamado *ramphastus vitellinus*. La parte superior de estas plumas es de color rojo vivo, y la inferior de un hermoso amarillo. Algunas están además adornadas con plumitas de pájaro mosca de un admirable matiz escarlata.

Dichas coronas son el *nec plus ultra* de la elegancia entre los pieles-rojas, el adorno de las grandes solemnidades. Las guardan en sus *guardaras* y no las exhiben sino en ocasiones supremas.

Ackombaka está arrogante. Lleva con tanto orgullo, como un general en jefe, su penacho blanco; una diadema de plumas amarillas de cásico de quince centímetros de altura, de las que salen por la parte anterior á modo de cuernos, dos inmensas plumas rojas arrancadas de la cola de un «ara». Una cuádruple hilera de collares negros, rojos, blancos y amarillos pende sobre su pecho. Rodean sus muñecas dos brazaletes, uno de dientes de tigre, alternando con granos de *sheri-sheri*, otro de garras de hormiguero. Encima de su calimbé de algodon se destaca otro calimbé de gran gala, de plumas azules y rojas, adornado á derecha ó izquierda por anillos córneos de los que forman la cola de las serpientes de cascabel.

El jefe está todavía un tanto ébrio. Se halla en punto, como dice Benedicto, con su hedionda sonrisa.

Se adelanta precedido de su flautista y acompañado por el antiguo vigilante. Detras de ellos marcha en desórden, y con bastantes oscilaciones el grueso de la tropa mandada por Bonnet y Mathieu. Tinguy, completamente borracho, duerme á pierna suelta sobre su lecho de hojarasca.

A una seña del jefe, deja de sonar la flauta. Los guerreros se detienen á treinta pasos de los europeos, que continúan amarrados. Ackombaka da veinticinco pasos, y por medio de Benedicto, les dirigió una corta alocucion.

—El ilustre capitan, *El que ya viene*, está lleno de admiracion por el valor de los hombres blancos, y les reserva el fin de los valientes. La ofrenda de sus vi-

das será muy agradable á *Massa Gado* y los manes del piaya, cuya prematura muerte habeis producido, estarán dignamente honrados. Para manifestar en cuanto les estima por su intrepidez, el tres veces grande Ackombaka les aplicará él mismo sobre el pecho y los costados las avispas irritadas. Habiendo tomado el jefe blanco la forma de una avispa para matar al piaya, es preciso que sus cómplices y él sufran en primer lugar este suplicio. Despues los guerreros rojos los trazarán en el cuerpo círculos con genipa, y mostrarán su habilidad clavando en medio de esas circunferencias sus flechas, sin atacar á ningun órgano esencial. La segunda parte de la diversion se arreglará luego. Ahora van á sufrir los blancos. Que entonen su canto de guerra.

El jefe de los piele-rojas hace una señal. Algunos de sus hombres se destacan del grupo, levantan á los desgraciados prisioneros apoyándoles en cuatro troncos y amarrándolos sólidamente.

Los Robinsones comprenden que están perdidos. Sus cuerpos experimentan un supremo estremecimiento al asqueroso contacto de aquellos hombres. Sus poderosos músculos se contraen furiosamente para romper las cuerdas que ensangrientan sus carnes. ¡Inútiles esfuerzos! Su esterilidad hace asomar una sonrisa sardónica en los labios del malvado, que espia en sus rostros un gesto de desmayo ó de flaqueza.

—Vamos—dijo con impaciencia á Ackombaka, acaba pronto. Los blancos no tienen canto de guerra.

El indio, asombrado, se pone en disposicion de obedecer. Toma de manos de uno de sus compañeros un manaret, y avanza lentamente seguido de Benedicto, que va detras á la distancia de un paso, pisando en el mismo sitio donde ha dejado su huella. El ceremonial lo exige así.

Las avispas, furiosas, aprisionadas por medio del cuerpo entre las mallas del tamiz, agitan sus alas zumbando con furor. De sus abdómenes hinchados, movibles, surgen rígidos los dardos impregnados de jugo venenoso. El dolor será atroz. Ackombaka levanta los brazos y baja el instrumento de tortura hacia el pecho del proscripto.

¡No hay salvacion!

—Ánimo, hijos mios—dijo con su voz tranquila.

En el momento en que las avispas van á tocar la desnuda epidérmis del blanco, el piel-roja se detiene petrificado como si viera una serpiente. Quiere dar un salto atras, pero choca rudamente con Benedicto, que cae rodando al suelo. El cañon de una escopeta de dos cañones asoma por la cortina de bejucos apoyándose en una rama del árbol á que Robin está sujeto. Un copo de blanco humo brota del arma, suena una detonacion, Ackombaka aparta los brazos y cae con la cabeza rota sobre el vigilante que lanza un espantoso alarido de dolor.

El manaret desprendido de las manos del piel-roja, va á parar al rostro del miserable, y las avispas le acribillan horriblemente. Un segundo disparo detiene de pronto á los indios que quieren acudir en socorro de su jefe. Una carga de postas penetra silbando en medio del compacto grupo, corre la sangre, gritos de terror se mezclan á los lamentos de los heridos y el desórden llega á su colmo.

Los tres forzados son los primeros que huyen cobardemente abandonando á su jefe, ciego, hinchado, horrible.

Aún no se ha disipado el humo del segundo tiro cuando Robin, ensordecido por la detonacion, ve saltar delante de él un negro de estatura colosal, completamente desnudo. De su pecho atlético sale un grito formidable, que retumba debajo de la enramada.

—¡Oaaak!..... ¡Oaaack!..... ¡Boni!..... ¡Boni!.....

Otros dos negros jóvenes, que no le ceden en vigor ni en estatura, se lanzan detras de él, gritando de igual manera. Los indios espantados, se desbandan como kariakues al ver á los dos gigantes. Las ligaduras de los prisioneros quedan cortadas en un segundo, el claro vacío y ellos libres.

Los tres libertadores no creen prudente perseguir á los que huian y se detienen para contemplar á los Robinsones con tanto respeto como ternura. El de más edad se echa en brazos de Robin, el cual le reconoce y exclama:

—¡Angosso..... mi buen amigo..... eres tú!

—Yo mismo—dijo el negro radiante de alegría.—Estos son mis hijos, Loni y Bachelito. ¡Oh! ¡Estoy contento, muy contento, sí!.....

Sería supérfluo decir si el buen negro y sus hijos fueron abrazados y festejados por los Robinsones. Su anterior amistad y la magnitud del servicio prestado ahora dispensan todo comentario. Pasadas las primeras expansiones se retiraron sin tardanza, temiendo que los indios verificasen un movimiento ofensivo. Los blancos estaban sin armas y tan quebrantados por la caida de los árboles como por las amarras que les habian magullado los miembros durante quince horas. Hubiera sido una imprudencia exponerse á una lucha, dudosa por lo ménos, contra los enemillones. Sin embargo, Angosso no quiso abandonar el claro del bosque sin concluir la batalla con el epílogo obligado. Pasó primero por el borde de su uña el córte de su machete, cuyo filo le pareció «bueno, bueno», y luégo adoptando un continente grave como si desempeñase una especie de sacerdocio, asió por sus largos cabellos la cabeza de Ackombaka, su antiguo enemigo, y le cortó el cuello con increible destreza. En seguida presentó su arma á Robin para que hiciese con Benedicto la misma operacion; pero el proscripto le hizo entender que los blancos no hieren jamas á un enemigo caido.

—Como querais compadre. Los guerreros de mi raza tienen esta costumbre. Un enemigo no vuelve á hacer daño cuando está dividido en dos pedazos.

Se inclinó sobre el vigilante y vió que respiraba con dificultad.

—No ha muerto—dijo.

—¡Qué importa!—contestó Robin.—Ya no puede nada contra nosotros. Las hormigas no tardarán en devorarle, y no quiero manchar mis manos al contacto de ese sér inmundo.

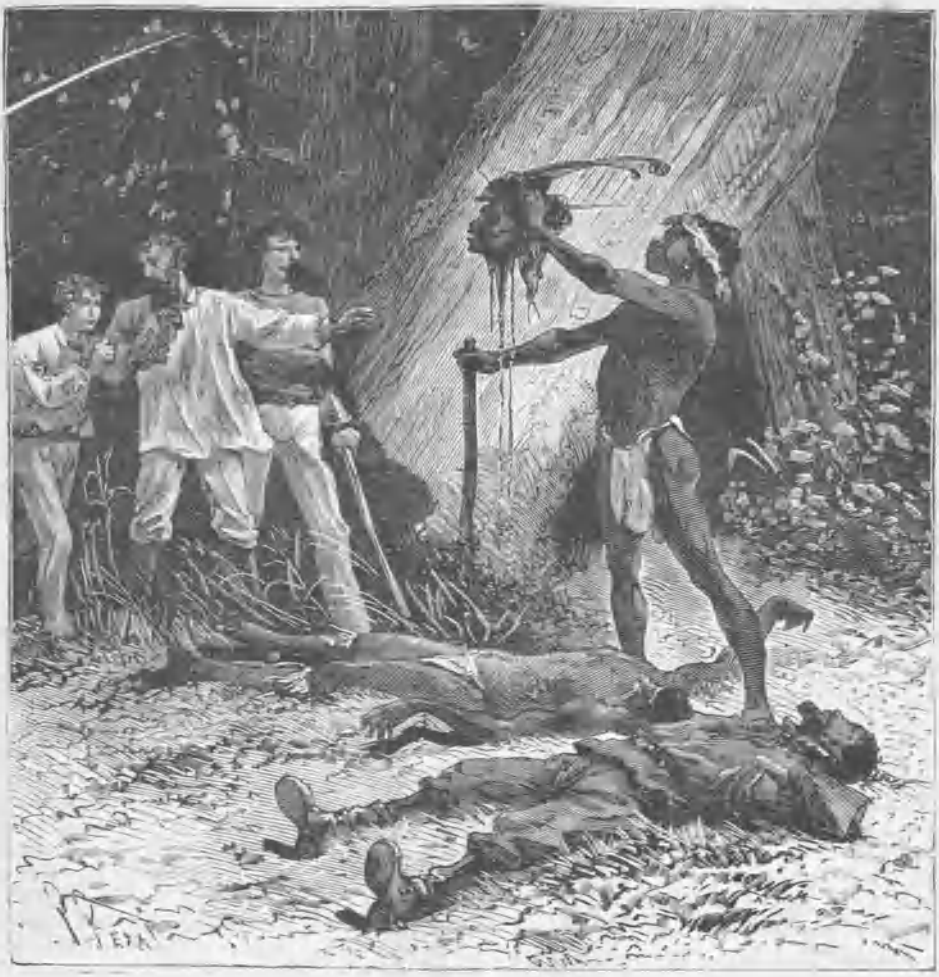
Emprendieron lentamente el camino de la *Buena Madre*, apoyándose en sus palos. No tardó en verificarse la reaccion y sus dolores se hicieron insoporta-

bles. Eugenio y Edmundo, ménos robustos que su hermano Enrique, y sobre todo que su padre, caminaban con gran fatiga á pesar del fraternal auxilio de Lomi y de Bacheliko. Angosso, que despues de haber vuelto á cargar su escopeta formaba la retaguardia, seguia imperturbable llevando la cabeza de Ackombaka asida por un mechon de pelo.

—Di, Angosso, ¿qué quieres hacer con esa cabeza?—le preguntó con amabilidad Robin.

—Esperad un poco, compadre, ya veréis.

Continuaron su marcha y al cabo de una hora encontraron un arroyo profundo, cuya corriente estaba erizada de rocas negruzcas. El bomi buscó por todas partes acabando por descubrir entre las peñascos al



Le cortó el cuello con increible destreza.

gunos agujeros circulares del diámetro del muslo de un hombre robusto.

—¡Ah! Muy bien. Esta es la guarida del tatu.

Arrancó un pedazo de piedra, introdujo la cabeza en uno de los agujeros, le tapó con aquél y se marchó tranquilamente. El proscripto le pidió la explicacion de aquella «extraña ceremonia, y Angosso no tuvo dificultad en dársela.

—Como Ackombaka está muerto—dijo—va á presentarse delante de Gadu para rogarle que le indique su puesto entre los demas jefes pieles-rojas. Pero Gadu no le reconocerá por ir sin cabeza y se negará á recibirla. Gadu, que es muy bueno, preguntará á las hormigas si han comido la cabeza; las hormigas dirán: «No.» Aimara, preguntará de nuevo Gadu, ¿has comido la cabeza de ese piel-roja? «El aimara dirá: «¡No!» Gadu interrogará á la *Mama-Boma* (Mamá-Culebra) si ha comido la cabeza del jefe. «¡No!» responderá la Boma. Entónces el tatu, que es un animal impuro acudirá sin que le llamen y dirá: «Yo soy quien ha comido la cabeza del piel-roja.» Infame tatu, tatu maldito, vete con Yolock (el diablo) tu

amo. Gadu no te conoce.» «Bueno, contestará el infame tatu, allá voy. Yolock recibirá á su compadre el tatu y el cuerpo de Ackombaka le seguirá á pesar suyo. Yolock dará á este cuerpo una cabeza de tatu y el jefe será siempre inmundo y maldito.

CAPÍTULO VIII.

Los negros de la alta Guayana.—Boshes y bonies.—Una raza valerosa.—La libertad ó la muerte.—Vencedores de los holandeses.—Boni, el héroe de Cottjea.—El *granman* Anato.—Los Oyacalotos y su leyenda misteriosa.—Traicion.—El capitan Koabi, llamado *Boca-cuita*.—Nuevos habitadores.—Hermanos negros y hermanos blancos.—Inquietud y desesperacion.—Angustias mortales.—¡Perdido!—Tigre herido y cazador que desaparece.—¡Adelante!

Con frecuencia hemos hablado en esta obra de las tribus de negros independientes que habitan el alto Maroni y que bajo el nombre de *boshes*, *yucas*, *poligoudus* y *bonies*, alcanzan á la respetable cifra de seis á siete mil individuos. Los pieles-rojas que componen el núcleo de los aborígenes de la América intertropical, embrutecidos por el alcohol y diezmados por la viruela, no tardarán en desaparecer. Por el contrario, aquella vigorosa raza negra, trasportada en los malditos tiempos de la esclavitud, desde las costas de Guinea, de Kru y del país de los rongus, hace maravillas en la admirable tierra de Guayana, tan hospitalaria para los hombres y para los vegetales del continente africano. La historia de estos pueblos se remonta á ciento setenta años y no es sólo interesante, sino esencial el escribirla, porque esos héroes oscuros, despues de combatir con bravura durante setenta años contra la tiranía, han podido escribir con su sangre la palabra mágica ¡LIBERTAD! en el libro de oro de las naciones independientes. Los antepasados de estos pacíficos habitantes de las riberas del gran rio de las Guayanas eran aquellos terribles negros cimarrones que sostuvieron contra las tropas disciplinadas de Holanda luchas interminables, siempre sangrientas, pero en las cuales alcanzaban frecuentes victorias. La intervencion de Francia en los negocios de la metrópoli neerlandesa fué la causa del primer levantamiento. Habiendo ido el almirante Cassard á atacar la ciudad de Paramaribo con una escuadra de cinco buques que reunian doscientos setenta y cuatro cañones, la colonia no pudo evitar una ruina total sino pagando una contribucion de más de millon y medio de francos. Desde entónces, dice el comandante Federico Bonyer en su notable obra acerca de la Guayana, data la desercion de los negros. Los colonos neerlandeses, obligados á dar un tanto por cada cabeza de esclavo cuando se hizo el réparto de la contribucion, aconsejaron á sus negros que huyeran á los bosques hasta que se marchasen los franceses y evitar de este modo el pago de sus cuotas. Aquella manera desleal de cumplir sus compromisos no les aprovechó nada, pues si bien volvieron á las rancherías muchos fugitivos, cierto número de ellos permaneció en los bosques formando el núcleo á cuyo alrededor se agruparon los cimarrones que huian del infernal yugo de la esclavitud.

Catorce años despues de la expedicion de Cassard, es decir, en 1726, creció su número de tal manera que inspiró recelos á los plantadores, quienes tuvieron la mala idea de declararles la guerra; pero quedaron tan completamente derrotados, que la colonia tuvo necesidad de reconocer, en virtud de tratados regulares, la existencia de aquellos cuyas espaldas azotaba el dia ántes el látigo del capataz.

Las deserciones eran cada vez más numerosas. Nuevas tribus mandadas por jefes independientes fueron á agruparse en las orillas del *Aora* y del *Tapanahoni*. Como la libertad de aquellos cimarrones no estaba reconocida por el gobierno colonial, y su proximidad era peligrosa para los propietarios, cuyas rancherías saqueaban, se organizaron nuevas expediciones.

En dos ocasiones se preparan para el ataque y derrotan á los colonos en 1749 en *Saramaka* y en 1751 en *Yonkoerique*. El gobierno de Paramaribo se ve obligado por segunda vez á reconocer á los beligerantes que se constituyen bajo el nombre de *Joucas* que actualmente llevan. Viendo los holandeses que con el rigor no han alcanzado éxito alguno, se deciden á cambiar de régimen con sus antiguos esclavos. Se les tributan honores, se les abruma con regalos y atenciones y se les convierte en aliados, sirviéndose de ellos, mediante una prima bastante considerable en dinero y mercancías, para atraerse á los negros fugitivos.

Su fidelidad en ejecutar la última cláusula es en este momento, y por más que se diga, muy problemática. El esclavo cimarron recibe, con raras excepciones, una hospitalidad fraternal en la choza del negro libre. La mejor prueba es que el nombre de *negros bosh* (negros de los bosques) que se dieron al principio y que aún hoy tienen los de la Guayana holandesa, llega á la cifra de cuatro mil.

En 1881, los bosh que habitan en la orilla derecha del Maroni están diseminados en catorce aldeas, mandadas cada una por un *capitan* que entiende en los asuntos correccionales, y decreta la pena del látigo ó una multa proporcionada á la importancia del delito. Estos capitanes reconocen como superior á un jefe electivo llamado *Gran Man*, que vive habitualmente en las *Tres Islotas* (Drye-Tabetiye). Es presidente de los tribunales en que se juzgan las causas graves, y los capitanes son los jurados. Cada uno tiene como emblema de su dignidad un baston de tambor mayor con puño de plata en el que está grabado en holandés el nombre del titular y el de su aldea. Tan sólo el *Gran Man* lleva una enorme *gola* de plata, adornada en cada punta con una cabeza de negro. En el sitio de honor de su cabaña, los negros del Maroni han conservado en sus viviendas la configuracion de las chozas africanas, se ve un ancho pergamino con un sello de cera encarnada y las armas de la casa de Orange. Es la carta en que el gobierno neerlandes reconoció en 1761 la independencia de los bosh, y que éstos conservan cuidadosamente de generacion en generacion.

La poblacion libre del alto Maroni aumenta de dia en dia y es inevitable una escision. Los recien llegados no participaban de los beneficios de los primeros, y por consecuencia, en 1772 estalla una revolucion espantosa en uno de los afluentes del *Aora* llamado el

Cottica. Su jefe es un hombre de extraordinaria energía unida á singular espíritu organizador. Se llama Boni, un negro á quien su madre, esclava fugitiva, dió á luz en pleno bosque. Boni, el verdadero héroe de la independencia, que ha dado su nombre á los negros que habitan hoy la orilla francesa del Maroni, agrupa en torno suyo á los disidentes y pone en grave peligro la suerte de la colonia holandesa.

Las milicias coloniales huyen á la desbandada delante de él, que triunfa en toda la línea; su nombre es pronunciado por todos, y son tales su bravura y su habilidad en la estrategia de los bosques, que es

El *Gran Más* lleva una enorme *gola* de plata.

preciso pedir á la metrópoli un cuerpo de tropas escogidas para combatirle. Se cree estar soñando al leer el relato de la campaña hecho por el capitan Stedman, uno de los pocos que sobrevivieron de aquella terrible expedicion mandada por el coronel Fourgand. Veinte partidas expedicionarias de sesenta hombres cada una, en junto mil doscientos soldados, constituyendo cada una un pequeño ejército, avanza á través del bosque vírgen. El órden más absoluto preside á todos los movimientos. Se trata de un enemigo infatigable que parece poseer el dón de la ubicuidad. Cuando se le espera por la derecha ataca por el centro. Se cree poder envolverle operando un movimiento de flanco hácia la izquierda, y cae sobre la retaguardia, extrangula á los hombres aislados, desarma á los centinelas, saquea los convoyes, multiplica los obstáculos, se burla del peligro, inquieta al grueso de la tropa y rinde por la fatiga y el insomnio á los que las balas y las flechas han perdonado.

(*Se continuará.*)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCES POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Si nosotros estábamos cansados, nuestros compañeros, que, naturalmente, desarrollaban mayor cantidad de fuerzas, estaban extenuados, y habian equivocado algunos ejercicios; por último, un largo palo que en ellos empleaban cayó sobre el pié de Mattia, causándole un dolor tan intenso que no pudo por ménos de gritar; creí que tenia el pié aplastado, y Bob y yo nos acercamos á él. Afortunadamente no presentaba la herida gravedad alguna; habia contusion, y los tejidos estaban desgarrados, pero los huesos no habian sufrido nada. Sin embargo, no podia andar.

¿Qué hacer?

Se resolvió que permaneciese en el coche de Bob, y que yo iria solo á la posada de la *Gran Encina*, pues necesitaba saber á dónde pensaba dirigirse la familia Driscoll al siguiente dia.

—No te vayas—me decia mi camarada—mañana irémos juntos.

—¿Y si no encontramos á nadie en la posada de la *Gran Encina?*

—Mejor, mucho mejor. Así estarémos libres.

—Si dejo á la familia Driscoll no será de esa manera; ademas, ¿crees tú que no nos encontrarian en seguida? ¿Dónde quieres ir con el pié conforme le tienes?

—¡Bueno! Irémos juntos mañana; pero no te vayas esta noche, tengo miedo.

—¿De qué?

—Lo ignoro, pero tengo miedo por ti.

—Deja que me vaya, te prometo volver mañana.

—¿Y si te retienen allí?

—Para que no suceda eso, te dejaré mi arpa, y vendré forzosamente á buscarla.

Y á pesar del temor de Mattia me puse en marcha, completamente tranquilo respecto de mí.

¿Por qué habia de tener miedo? ¿Quién se ocuparia de un pobre diablo como yo?

Sin embargo, aunque no me agitaba el corazon el más ligero sentimiento de miedo, no dejaba de estar conmovido. Era la primera vez que me veia completamente solo, sin *Capi* y sin Mattia, y aquella soledad me acongojaba al mismo tiempo que turbaban mi espíritu los misteriosos ruidos de la noche; la pálida luz de la luna tambien me entristecia.

Á pesar de mi cansancio caminaba muy de prisa, y por fin llegué á la posada de la *Gran Encina* pero por más que busqué los coches no pude encontrarlos. Habia dos ó tres miserables carricoches con toldos de tela, una gran barraca de tablas y dos carromatos cubiertos, de los cuales salieron gritos de animales salvajes cuando me acerqué á ellos; pero los hermosos carruajes pintados de brillantes colores, que pertenecian á la familia Driscoll, no los ví en ninguna parte.

Dando vueltas al rededor del edificio, descubrí una luz que salia de una ventana cerrada con vidrieras, y creyendo que habria álguien despierto, llamé á la puerta. El posadero de mala cara que ví el dia anterior me abrió, dándome de lleno en los ojos con la luz de su linterna. Comprendí que me reconocia; pero en vez de dejarme el paso franco puso la linterna á la espalda, miró al rededor y escuchó durante algunos segundos.

—Los carruajes han partido—dijo—y vuestro padre ha recomendado que vayais á miros con él en Lewes, sin pérdida de tiempo, caminando toda la noche. ¡Buen viaje!

Y sin decir más, me dió con la puerta en las narices.

Desde que estaba en Inglaterra habia aprendido bastante inglés para entender aquellas frases; sin embargo, habia una palabra, la más importante, que para mí carecia de sentido. El posadero habia pronunciado *Luïss;* ¿dónde estaria aquella poblacion? Lo ignoraba, porque entónces no sabia que *Luïss* era la pronunciacion inglesa de Lewes, nombre que yo habia visto en el mapa.

Aun cuando hubiera sabido dónde estaba Lewes no podia ir á dicha localidad dejando abandonado á Mattia; era preciso que volviera al campo de las carreras, por muy fatigado que estuviese.

Volví á ponerme en marcha, y hora y media despues me acosté en un buen saco de paja al lado de Mattia en el carruaje de Bob; en pocas palabras le referí lo que habia pasado, y luégo me quedé profundamente dormido.

Algunas horas de sueño me devolvieron las fuerzas, y por la mañana me desperté dispuesto á ir á Lewes si Mattia, que aun estaba dormido, podia seguirme.

Al salir del coche me dirigí hácia nuestro amigo Bob, que se ocupaba en encender lumbre; estaba mirándole puesto en cuatro piés y soplando con todas sus fuerzas, cuando de pronto me pareció ver á *Capi* conducido por un policeman.

Me quedé estupefacto, inmóvil, y preguntándome

qué significaba aquello; pero *Capi* me reconoció, y dando una fuerte sacudida al cordon con que estaba sujeto se escapó de manos del policeman, abalanzándose en mí en cuatro saltos.

El policeman se acercó, y me dijo:

—¿Es vuestro ese perro?

—Sí.

—Está bien. Daos preso.

Y su mano cayó sobre mi brazo apretándomele con fuerza.

Las palabras y el ademan del agente de policía llamaron la atencion de Bob, que se levantó y le dijo:

—¿Por qué prendeis á este muchacho?

—¿Sois hermano suyo?

—No. Soy su amigo.

—Un hombre y un niño han entrado esta noche en la iglesia de San Jorge por una ventana alta y con auxilio de una escala; llevaban este perro á fin de darles aviso si álguien los interrumpiera; viéndose sorprendidos no tuvieron tiempo para coger el perro, y huyeron por la ventana; como el animal no pudo seguirles, fué hallado en la iglesia, y por medio de él estoy seguro de que descubriré á los ladrones; ya tengo uno; ¿dónde está el padre?

No sé si esta pregunta se dirigia á Bob ó á mí, y no pude contestarle, porque estaba consternado.

Sin embargo, no dejaba de comprender y adivinar lo que habia sucedido; cuando mi padre me dijo que le dicra á *Capi*, no fué con intencion de custodiar los carruajes, sino para ponerle de centinela cuando estuviesen robando en la iglesia; ademas, no se pusieron los coches en marcha por el placer de pasar la noche en la posada de la *Gran Encina*, sino para emprender la huida si se descubria el robo.

Mas no era en los culpables en lo que debia yo pensar, era en mí mismo. Cualesquiera que hubieran sido, yo podia defenderme y probar mi inocencia sin acusarles, con referir solamente cómo empleó el tiempo aquella noche.

Miéntras reflexionaba esto, Mattia, que oyó al agente ó el ruido que produjo su presencia, se acercó á mí cojeando con gran dificultad.

—Explicadle que no soy culpable—dije á Bob—puesto que he estado con vos hasta la una de la madrugada; luégo le fuí á la posada de la *Gran Encina*, he hablado con el posadero, regresando aquí en seguida.

Bob tradujo mis palabras al agente; pero éste no quedó tan convencido como yo esperaba.

—A la una y cuarto se introdujeron los ladrones en la iglesia—dijo;—este muchacho salió de aquí á la una ó algunos minutos ántes de esa hora, segun dice; luego ha podido estar fácilmente con los que robaban en el templo á la una y cuarto.

—Se tarda mas de un cuarto de hora en ir de aquí á la ciudad—dijo Bob.

—¡Oh!—replicó el agente—corriendo se puede ir en ménos tiempo; y ademas, ¿quién me prueba que ha salido de aquí á la una?

—¡Yo que lo juro!—exclamó Bob.

—¡Oh! vos,—dijo el agente—hace falta saber lo que vale vuestro testimonio.

Bob se encolerizó al oir aquellas despreciativas palabras.

—No debeis olvidar que soy un ciudadano inglés—dijo con dignidad.

El agente se encogió de hombros.

—Si me insultais—añadió Bob—escribiré á *The Times*.

—Por de pronto me llevo á este muchacho y luégo se explicará delante del juez.

Mattia se echó en mis brazos; creí que era para darme un beso; pero mi camarada se ocupaba primero de lo práctico que de lo sentimental.

—¡Ten valor!—me dijo al oido.—No te abandonarémos.

Despues de decirme esto fué cuando me abrazó.

—Quédate con *Capi*,—dije en frances á Mattia.

Pero el agente no comprendió.

—No, no—dijo;—yo me quedaré con el perro; así como él me ha permitido descubrir á éste, descubriré con su auxilio á los otros.

Era la segunda vez que me arrestaban, y sin embargo, la vergüenza fué mayor que en la primera. Ya no se trataba de una necia acusacion con motivo de nuestra vaca; si yo resultaba inocente, ¿no tendria el dolor de ver condenar á aquellos con quienes parecia estar en complicidad?

Llevándome asido el policeman, tuve que pasar entre las filas de curiosos que se agolpaban para verme; pero no me persiguieron sus gritos y sus amenazas como en Francia, pues los que acudian á mirarme no eran campesinos, sino gentes cuya mayor parte vivia en continua guerra con los policeman: sacamuelas, titiriteros, gitanos, *tramps*, como dicen los ingleses, ó lo que es igual, vagabundos.

La cárcel en que me encerraron no era una cárcel ridícula como aquella que encontramos llena de cebollas; era una verdadera prision, con una ventana cerrada por fuertes barrotes de acero, cuyo sólo aspecto quitaba cualquier idea de evasion. El mobiliario se componia de un banco para acostarse y un coy para dormir.

Me dejé caer en aquel banco, y en él permanecí largo tiempo anonadado y reflexionando sobre mi apurada situacion, pero sin órden ni concierto, porque me era imposible unir dos ideas y pasar de una á otra.

¡Cuán terrible era el presente y cuán espantoso el porvenir!

«¡Ten valor! me dijo Mattia; no te abandonarémos»; pero ¿qué podia un niño como mi camarada? ¿Qué podia un hombre como Bob aunque quisiera auxiliar á Mattia?

Cuando se está en la cárcel no se tiene más que una idea fija, la de salir.

Suponiendo que Mattia y Bob no me abandonasen é hiciesen todo lo posible en favor mio, ¿cómo podrian ayudarme á salir de aquel calabozo?

Fuí á la ventana y la abrí para examinar los barrotes de hierro que, en forma de cruz, la cerraban por fuera, viendo que estaban incrustados en las piedras. Inspeccioné las paredes, que tenian un metro de grueso. El pavimento era de anchas losas y la

puerta estaba revestida de una fuerte plancha de pastro.

Volví á la ventana y observé que caía á un patio largo y estrecho, cerrado en uno de sus extremos por un muro que tendría cuatro metros de altura.

Era imposible escaparse de aquel calabozo aunque se contase con el auxilio de amigos cariñosos. ¿Qué puede el afecto de la amistad contra la fuerza de las cosas? La adhesion no taladra los muros.

En cuanto á mí, todo estaba reducido á saber durante cuánto tiempo permaneceria en el calabozo, hasta que me llevasen á la presencia del juez.

Pero ¿podria demostrar que era inocente á pesar de la presencia de *Capi* en la iglesia?

¿Me seria posible defenderme sin que recayera el crímen sobre aquellos á quienes no queria ni podia acusar?

Esta era la dificultad para mí, y en esto solamente podian servirme Mattia y su amigo Bob. Su papel estaba reducido á reunir suficiente número de testimonios para demostrar que á la una y cuarto no puede estar en la iglesia de San Jorge; si probaban esto me habia salvado, á pesar de la declaracion muda que contra mí daria el pobre *Capi*.

¡Ah! Si Mattia no hubiera tenido el pié magullado, no dejaria nada por hacer para encontrar los testimonios que necesitaba; pero ¿le permitiria su estado salir del coche? Y si no pudiera, ¿querria Bob reemplazarle?

Estas angustias, unidas á todas las que experimentaba, no me permitieron dormir, aunque estaba rendido por la fatiga de la víspera. Por la misma razon no probé nada del alimento que me llevaron; pero si no comí nada, en cambio me arrojé con avidez al agua, pues me devoraba una sed ardiente, y cada cuarto de hora tomaba el cántaro, bebiendo á grandes tragos, pero sin que se me quitára el sabor amargo que sentia en la boca.

Cuando vi al carcelero entrar en mi calabozo experimenté una gran satisfaccion, recobrando la esperanza, pues desde que estaba encerrado me atormentaba una pregunta á la que no podia contestar:

¿Cuándo me tomarian declaracion? ¿Cuándo podria defenderme?

Habia oido contar historias de presos á quienes se tenia encerrados durante meses enteros sin tomarles declaracion ó llevarles delante del juez, lo cual era una misma cosa para mí; pero ignoraba que en Inglaterra nunca trascurren más de dos dias entre la detencion y la comparecencia ante el juez.

Dirigí mi pregunta al carcelero, que no tenia aspecto de ser hombre cruel, y me respondió que compareceria en la audiencia del dia siguiente.

Pero mi pregunta le sugirió la idea de interrogarme á su vez, y puesto que él me habia respondido, era muy justo que yo tambien le respondiese.

—¿Cómo habeis entrado en la iglesia?—me dijo.

Respondíle haciendo las más ardientes protestas de inocencia; pero me miró encogiéndose de hombros, y viendo que yo persistia en negar que hubiera entrado en la iglesia, se dirigió á la puerta, diciendo á media voz y sin dejar de mirarme:

—Estos pilluelos de Lóndres son unos viciosos.

Y salió.

Aquella suposicion del carcelero me afectó mucho. Por más que no fuera mi juez, hubiese querido que no me creyera culpable; en el acento y en la mirada debió comprender que era inocente.

Si no habia logrado convencerle, ¿podria convencer al juez? Afortunadamente tendria testigos que depondrian en mi favor, y si el juez no me escuchaba, tendria que atender á las declaraciones que me presentasen como inocente.

Pero yo necesitaba tales declaraciones.

¿Las tendria?

Entre las historias de prisioneros que conocia, habia algunas que referian los medios empleados para comunicarse con aquéllos; uno de esos medios consistia en ocultar cartas en el pan que se llevaba al que estaba en un calabozo.

Acaso Mattia y Bob hubiesen utilizado este recurso, y desde que me asaltó la idea me puse á desmigajar el pan con mucho cuidado, sin hallar nada en él. Las patatas que me dieron quedaron reducidas á harina, pero tampoco encerraban papel alguno.

Decididamente, Mattia y Bob no tenian nada que decirme, ó lo que era más probable, no podian decirme nada.

No tenia que esperar más que hasta el dia siguiente sin afligirme; mas, por desgracia, no fué posible, y por mucho tiempo que viva, conservaré, como si fuese de ayer, el recuerdo de la terrible noche que pasé en el calabozo. ¡Ah! ¡Cuán loco fuí al no creer en los presentimientos de Mattia ni en sus temores!

Al dia siguiente entró el carcelero, llevándome un cántaro y una jofaina: me invitó á que me lavase, si gustaba, porque no tardaria en presentarme ante el juez, y añadió que la limpieza era á voces el mejor medio de defensa de un acusado.

Cuando acabé de lavarme quise sentarme en mi banco; pero me fué imposible estar quieto ni un minuto y me puse á dar vueltas por la celda como una fiera en su jaula.

Hubiera querido preparar la defensa y las respuestas, pero estaba muy turbado, y en vez de pensar en el presente pensé en una porcion de cosas absurdas que pasaban por delante de mi espíritu como las figuras de una linterna mágica.

Volvió el carcelero y me dijo que le siguiera; me puse en marcha á su lado, y despues de cruzar algunos corredores, llegamos á una pequeña puerta que él mismo abrió.

—Pasad—me dijo.

Una bocanada de aire caliente me dió en el rostro, y oí el confuso rumor de mucha gente reunida. Entré y me encontré en una pequeña tribuna: estaba en la sala del tribunal.

Aunque era víctima de una especie de alucinacion y sentia latir las arterias de mis sienes como si se fueran á romper, con una mirada me di cuenta de todo lo que habia á mi alrededor: la sala de audiencia y la gente que la llenaba.

Era un aposento bastante espacioso, alto de techo y con anchas ventanas; estaba dividido en dos par-

tes, una destinada al tribunal y otra á los curiosos.

En un estrado alto se sentaba el juez; más abajo, y delante de él, habia otros tres miembros del tribunal, que eran, segun luégo supe, un escribano, un tesorero para percibir las multas, y otro magistrado que se llama en Francia el ministerio público; delante de mi tribuna habia un personaje con toga y peluca; era mi abogado.

¿Por qué tenia yo un abogado? ¿De dónde me venia? ¿Quién me le habia nombrado? ¿Habrian

Delante de mi tribuna habia un personaje con toga y con peluca.

sido Mattia y Bob? No era aquel momento oportuno para examinar estas preguntas. Tenia un abogado y esto bastaba.

En otra tribuna descubrí á Bob, á sus dos compañeros, al posadero de la *Gran Encina* y á várias personas desconocidas para mí; más allá ví al policeman que me habia detenido, el cual estaba rodeado por otros, que tambien debian ser testigos.

El lugar destinado al público estaba lleno. Junto á una balaustrada ví á Mattia; nuestras miradas se cruzaron, é instantáneamente sentí que se duplicaba mi valor y pude sostener todas las miradas que se fijaban en mí.

El ministerio público pidió la palabra, y en pocas frases—sin duda tenia prisa—expuso el asunto de que se trataba: «En la iglesia de San Jorge se habia cometido un robo; los ladrones, que eran un hombre y un niño, se introdujeron en la iglesia por medio de una escala y rompiendo los cristales de una ventana; llevaban en su compañía un perro para avisarles si

álguien se acercaba; á eso de la una y cuarto, un transeunte, sorprendido de ver luz en la iglesia, se puso á escuchar y oyó algunos crujidos; en seguida fué á despertar al sacristan; llegaron várias personas; pero entónces empezó á ladrar el perro, y asustados los ladrones, huyeron por la ventana abandonando al animal que no pudo subir por la escala: conducido el perro al campo de las carreras por el agente Ferry, cuyo celo y actividad eran superiores á todo elogio, reconoció á su amo, que era el que estaba presente en el banco de los acusados; el segundo ladron no pudo ser habido, pero se le seguia la pista.»

Despues de algunas consideraciones que demostraban mi culpabilidad, calló el ministerio público y se oyó una voz chillona que dijo:

—¡Silencio!

Entónces el juez, sin volverse hácia mí, y como si hablase solo, me preguntó mi nombre, mi edad y mi profesion.

Respondí en inglés que me llamaba Francisco Driscoll, y que vivia con mi familia en Lóndres, patio del *Leon Rojo*, Bethnal Green; luégo pedí permiso para explicarme en frances, pues me habia criado en Francia y hacia pocos meses que estaba en Inglaterra.

—No creais que me podeis engañar—dijo el juez con severo acento;—conozco perfectamente el frances.

Hice mi relato en esta lengua, y expliqué la absoluta imposibilidad de que estuviese en la iglesia á la una, puesto que á la misma hora me hallaba en el campo de las carreras, y á las dos y media en la posada de *La Gran Encina*.

—¿Dónde estabais á la una y cuarto?—preguntó el juez.

—En el camino.

—Eso es lo que hace falta probar. Vos decís que estabais en el camino de la posada de *La Gran Encina*, y la acusacion sostiene que os hallabais en la iglesia. Habiendo salido del campo de las carreras algunos minutos ántes de la una, habréis ido á reuniros con vuestro cómplice al pié de los muros de la iglesia, donde os esperaba con una escala, y despues del robo frustrado es cuando habréis ido á la posada de *La Gran Encina*.

Me esforcé para demostrar que esto era imposible; pero vi que el juez no se quedaba convencido.

—¿Y cómo explicais—me preguntó—la presencia de vuestro perro en la iglesia?

—No la explico, porque no la comprendo; el perro no estaba conmigo, pues por la mañana le até á uno de nuestros carruajes.

No me convenia decir más sobre este punto, porque no queria dar armas contra mi padre; miré á Mattia, el cual me hizo señas para que continuase; pero no le obedecí.

Fué llamado un testigo, á quien se le hizo jurar sobre los Santos Evangelios que diria la verdad sin ódio y sin pasion.

Era un hombre grueso, de pequeña estatura, de aspecto extraordinariamente majestuoso, á pesar de su rostro encarnado y de su azulada nariz; ántes de jurar hizo una reverencia al tribunal y se levantó contoneándose: era el sacristan de la parroquia de San Jorge.

Comenzó por referir detalladamente que se quedó confuso y escandalizado cuando fueron á decirle que habia ladrones en la iglesia; su primera idea fué que le querian dar una broma; pero como nadie se chancea con personas de su carácter, comprendió que algo grave sucedia; vistióse entónces con tal precipitacion, que se le saltaron dos botones del chaleco; por fin echó á correr, abrió la puerta de la iglesia y encontró..... ¿qué? ó por mejor decir, ¿á quién? á un perro.

Nada tenia yo que responder á esto; pero mi abogado, que permaneció hasta entónces silencioso, se levantó, sacudió su peluca, aseguró la toga en los hombros y pidió la palabra.

—¿Quién cerró ayer por la noche la puerta de la iglesia?—preguntó.

—Yo—respondió el sacristan—en cumplimiento de mi deber.

—¿Estais seguro?

—Cuando hago una cosa estoy seguro de que la he hecho.

—¿Y cuando no la haceis?

—Estoy seguro de que no la he hecho.

—Está bien. En ese caso, ¿podeis jurar que no habeis encerrado en la iglesia el perro de que se trata?

—Si el perro hubiera estado en la iglesia, le hubiese visto.

—¿Tenois buena vista?

—Tengo dos ojos como todo el mundo.

—¿No os habeis metido hace seis meses por el vientre de una ternera que estaba abierta en canal á la puerta de una carnecería?

—No veo la importancia de semejante pregunta dirigida á un hombre como yo—dijo el sacristan poniéndose lívido.

—¿Quereis tener la amabilidad de contestar como si esa pregunta revistiese verdadera importancia?

—Es cierto que tropecé con un animal colgado en la portada de una carnecería.

—¿No le habiais visto?

—Iba preocupado.

—¿Acababais de comer cuando cerrasteis la puerta de la iglesia?

—En efecto, acababa de comer.

—Y cuando entrasteis en el vientre de la ternera, ¿acababais tambien de comer?

—Pero.....

—¿Decis que no habiais comido?

—Sí.

—¿Bebeis cerveza fuerte ó floja?

—Fuerte.

—¿Cuántos cuartillos?

—Cuatro.

(*Se continuará*).

EL TORBELLINO DE NIEVE.

CUENTO RUSO.

Por el año de 1811, época para siempre memorable en toda Rusia, vivia en su antiguo castillo de Nenaradof el honrado Grabrilowitch, á quien citaban por sus costumbres hospitalarias y su carácter franco y cervicial. Sus vecinos iban muy á menudo á comer á su casa y á jugar alguna partida de boston con su esposa Petrowna, lo más á cinco kopecks la ficha. Algunos acudian más bien con el deseo de ver á la hija de tan amables personas, á la hermosa María Gabriela, que tenia entónces unos diez y siete años. Sabian que con el tiempo seria rica, y muchos de los que visitaban el castillo procuraban llamar su atencion con la esperanza de pedir un dia su mano para sí mismos ó para sus hijos.

María Gabriela habia leido una multitud de novelas francesas, y de resultas se habia ya forjado un amor fantástico. El objeto de su ardiente pasion era un pobre alférez que se hallaba con licencia en su mismo pueblo. Casi es inútil decir que el jóven se moria por Gabriela y que los padres de ésta, habiendo notado que se amaban mútuamente, prohibieron á su hija que pensára en un pretendiente tan pobre, y á la vez tan atrevido, á quien por su parte recibian con muy malos modos.

Sin embargo, los amantes se veian en secreto á la sombra de los frondosos árboles ó de la capilla antigua del castillo. Allí se juraban amor eterno, y quejándose del rigor de la suerte, formaban mil y mil proyectos. Llevados sin cesar en sus cartas y en sus entrevistas del mismo pensamiento, llegaron por fin, á sacar en conclusion, que, no pudiendo vivir uno sin otro, ya que la voluntad de unos padres crueles se oponia á su felicidad, debian irremediablemente unir sus corazones á despecho de tan inhumana voluntad. El jóven fué quien raciocinó de esta manera, y María Gabriela, con su imaginacion novelesca, fué de la misma opinion.

El invierno puso fin á sus entrevistas; pero su correspondencia fué por lo mismo más frecuente y animada. Vladimiro Nicolewich suplicaba á su amante en todas sus cartas que cumpliera sus ardientes deseos y se casára con él en secreto.

—Nos marcharémos por algun tiempo—le decia—pasado el cual volverémos á echarnos á los piés de tus padres, que vencidos ya por nuestra constancia heróica y por lo mucho que hemos sufrido, exclamarán: «Queridos hijos, venid á nuestros brazos.»

Durante mucho tiempo desechó María tales proyectos. Por fin Vladimiro la propuso un nuevo plan, que adoptó gustosa. Convinieron en que un dia dado la jóven no se presentaria á cenar con su familia, y se quedaria en su aposento, bajo pretexto de que la habia acometido un dolor de cabeza muy violento. La doncella de María estaba de acuerdo con ellos, y ambos debian salir del jardin por una puerta trasera; allí encontrarian dos trineos que los llevarian á cinco *versts* de distancia (cerca de una legua), á la iglesia del Jadrino, donde Vladimiro los estaria esperando.

La víspera del dia fijado para este acontecimiento, María, no pudiendo dormir, estuvo arreglando sus vestidos y todo lo que habia de llevarse: despues escribió una carta á una de sus amigas y otra á sus padres, en la que empleaba, para despedirse de ellos las más tiernas y expresivas palabras. Les decia que no habia podido resistir á la fuerza invencible de su amor, pero que el momento más feliz de su vida seria aquel en que volviera á echarse á sus plantas. Lacró las dos cartas con un sello de Pula que representaba dos corazones inflamados en medio de una divisa sentimental, y casi era ya de dia cuando se echó sobre la cama y se adormeció.

Mas cada momento se despertaba agitada por horribles visiones: unas veces le parecia que al subir al trineo que iba á conducirla á la iglesia, se presentaba su padre furioso, el cual arrastrándola por la nieve la arrojaba á un abismo tenebroso y sin fin: otras veia á Vladimiro tendido en el suelo, pálido, ensangrentado, próximo á exhalar el último suspiro, suplicándole con acento lastimero que fuera á casarse cuanto ántes. Imágenes horribles, extravagantes, lá atormentaban durante su sueño.

Por fin se levantó más pálida que de costumbre, y con un dolor de cabeza verdadero. Su padre y su madre notaron al punto que estaba enferma.

Á cada instante le preguntaban: «¿Cómo estás, María? ¿No se calma el dolor?» Y el acento con que repetian estas preguntas y sus tiernas instancias desgarraban el corazon de María. Hizo lo posible por calmarse y por estar alegre, mas no lo consiguió.

Llegado que hubo la tarde, se sintió sin fuerzas, al pensar que era la última que iba á pasar con su familia. Daba su adios interiormente á todas las personas que habia conocido, á todos los objetos que la rodeaban. Cuando llegó la hora de cenar, ¡cuán fuerte latió su corazon! Con voz trémula dijo que no podia comer nada, y se levantó para dar las buenas noches á su padre y á su madre. Los dos la besaron, segun costumbre, y le dieron su bendicion. Las lágrimas se le saltaban á la pobre María.

Cuando entró en su aposento se arrojó sobre un sillon y se puso á llorar. Su doncella la dijo que se consolára y que pensára en cosas más alegres.

Todo estaba ya preparado: dentro de media hora debia abandonar María para siempre su casa, su aposento y la vida pacífica de soltera. Por fuera, la nieve caia á torbellinos, y el viento hacia crujir las puertas y ventanas. Todo parecia reunirse para presagiar á á María algun suceso siniestro.

Entre tanto los habitantes de la casa se habian acostado. La jóven se cubrió con un chal, se puso en la cabeza una especie de capota, y cogiendo su cofrecito, salió de su aposento. La doncella la seguia con dos maletas. Ambas bajaron al jardin, y apénas pudieron atravesarlo. La tormenta no se habia calmado y el viento soplaba hácia ellas, como si quisiera oponerse á aquella fuga culpable. El trineo las esperaba en el camino, y los caballos estimulados por el frio, pateaban con impaciencia sin que el cochero de Vla-

dinero los pudiera contener. Ayudó á la fugitiva á que subiera al trineo con su doncella, puso á su lado el equipaje, cogió las riendas, y los caballos partieron á escape. Dejemos que nuestros viajeros sigan su camino guiados por un cochero hábil, y volvamos á Vladimiro.

Todo el dia habia estado en movimiento. Por la mañana fué á casa del cura de Jadrino para arreglar el casamiento y quedar en una hora fija, y despues anduvo corriendo en busca de testigos por todos los pueblos cercanos. El primero con quien habló sobre el particular era un alférez retirado, que aceptó con verdadera alegria semejante proposicion. Esta aventura, segun él mismo decia, le traeria á la memoria los tiempos de su juventud y la vida alegre de los húsares. Se empeñó en que Vladimiro se quedára con él, asegurándole que él buscaria los dos testigos que hacian aún falta. En efecto, por la tarde se presentaron el geómetra Schmidt, con sus largos bigotes y sus espuelas, y el hijo del capitan Ispravnik, jóven de diez y siete años que hacia poco habia entrado en el ejército. Ambos accedieron gustosos á los ruegos de Vladimiro, y ademas le juraron que estaban prontos á hacer en su favor cuanto él deseára. El amante de María, en medio de su felicidad, no pudo ménos de estrecharlos en sus brazos, y al poco tiempo volvió á su casa á disponer los últimos preparativos.

Ya era de noche cuando envió á su cochero con un trineo de tres caballos á esperar á María, despues de haberle advertido lo que tenia que hacer. Él subió á un trineo y partió solo para Jadrino, á donde María debia llegar dentro de dos horas. Vladimiro sabia perfectamente el camino, y en un cuarto de hora podia hallarse en la iglesia.

Mas en cuanto partió, principió la tormenta horrorosa, y á su alrededor caia la nieve en torbellinos, de tal manera, que á dos pasos de distancia no distinguia Vladimiro enteramente nada. El camino desapareció al momento, y el horizonte se cubrió de espesas y amarillentas nubes que arrojaban grandes copos de nieve, pareciendo que el cielo se habia confundido con la tierra. Perdido en medio de los campos, el alférez buscaba en vano el camino. El caballo andaba á la ventura, ora subiendo sobre montones de nieve, ora cayendo en hondos barrancos. El trineo estaba á punto de volcar á cada momento, y Vladimiro cuidaba solamente de no desviarse del camino. Le parecia, sin embargo, que hacia más de media hora que estaba andando y aún no habia llegado al bosque de Jadrino. Siguió sobre diez minutos más por el mismo camino, sin ver el bosque. Se hallaba en medio de los campos cubiertos de nieve, y el torbellino era cada vez más fuerte y el cielo estaba tan sombrío como ántes. El caballo principiaba á cansarse, y el sudor le caia á chorros de todo el cuerpo, aunque á veces se hundia en la nieve hasta el pecho.

Por fin notó Vladimiro que se habia extraviado, y entónces se detuvo y se puso á discurrir hácia qué lado debia dirigirse, creyendo que el camino verdadero estaba á la derecha. El caballo no podia casi andar, y ya se habia pasado más de media hora cuando el alférez pensó para sí: «Felizmente la iglesia de Jadrino no debe estar ya muy léjos.» Pero andaba cada vez más y los campos no tenian fin. Por todas partes se veian montones de nieve y barrancos. El trineo oscilaba sin cesar, la tormenta era más fuerte y Vladimiro empezaba á inquietarse.

Al fin distinguió á lo léjos una especie de línea negra, y acelerando el paso de su caballo, llegó en poco tiempo cerca de un bosque.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó—ya llego al fin de mi camino. En cinco minutos estoy en el pueblo.

Y penetró en el bosque. Como habia allí ménos nieve, el camino se veia más distintamente; el caballo cobró nuevas fuerzas y Vladimiro recobró la esperanza.

Mas tambien era una ilusion; por más que andaba no divisaba á Jadrino. Se encontraba en medio de un bosque inmenso que le era desconocido. El pobre caballo, rendido ya, se puso á caminar al paso, á pesar de los gritos y los latigazos de su desventurado dueño.

Por ningun lado habia indicios de estar cerca Jadrino.

Debian ya ser las doce de la noche.

Vladimiro lloró de rabia, y al cabo dejó que el caballo anduviera á la ventura.

La tempestad se fué calmando poco á poco y las nubes se disiparon.

El pobre viajero distinguió á lo léjos, en medio de un llano inmenso, un grupo de cuatro ó cinco casas.

Se acercó á una de ellas, y, bajándose del trineo, llamó á una ventana. Algunos momentos despues se asomó un viejo, y le dijo:

—¿Qué ocurre?

—¿Está todavia muy léjos Jadrino?

—¿Si está léjos?..... unas diez *versias*.

Vladimiro se quedó sobrecogido como un reo á quien le acaban de leer la sentencia.

—¿De dónde vienes?—preguntó el viejo.

Vladimiro no contestó al pronto; mas luégo le dijo:

—¿No me podrias proporcionar algun caballo para ir á Jadrino?

—No tengo ninguno.

—Á lo ménos alguien que me guie; le daré cuanto quiera.

—Espérate—añadió el viejo cerrando la ventana—voy á llamar á mi hijo.

Trascurrieron algunos momentos; Vladimiro, en su impaciencia, llamó otra vez en los cristales, y el viejo se asomó de nuevo.

—¿Pero qué quieres?

—¿Y tu hijo?

—Se está vistiendo; ahora viene.

Un chico salió con un palo en la mano y se puso á andar, buscando el camino por en medio de la nieve.

—¿Qué hora es?—le preguntó Vladimiro.

—Pronto va á amanecer—contestó el chico.

El alférez se quedó abatido y no pronunció ni una palabra en todo el camino.

Los gallos cantaban y el alba despuntaba, cuando llegó á Jadrino. La puerta de la iglesia estaba cerrada.

Vladimiro pagó al chico y se fué á casa del cura.

El trineo de tres caballos no se encontraba allí.

¿Qué noticia le iban á dar?

Pero veamos lo que había sucedido en el castillo de Nenaradof. Todo estaba como de costumbre. Por la mañana el padre y la madre de María se levantaron á la hora de siempre y se fueron al comedor. Gabriel Gabrilowitch, con su chaqueton de lana y su gorro de dormir, y Petrowna con su bata de casa.

Se sirvió el té, y Gabriel dijo á la doncella que fuera á preguntar á María si estaba más aliviada.

La criada volvió anunciando que María había pasado muy mala noche, pero que estaba ya mejor y que iba á bajar. Algunos minutos despues se abrió la puerta y entró la jóven.

—¿Cómo estás, enferma?—le preguntó su padre.

—Mucho mejor—contestó ella.

—Me parece que ayer tuviste calentura—dijo Petrowna.

—No sé, querida madre.

El dia se pasó alegremente; pero al caer la tarde María se puso enferma de véras. El médico que vino á visitarla la encontró delirando. Había sido acometida de una calentura muy violenta, y por espacio de dos semanas estuvo á las puertas de la muerte.

(*Se continuará.*)

F.

LA CONCIENCIA.

Caín, con las greñas dispersas, seguido de su esposa y de sus hijos, cubiertos con pieles de animales, llegó al caer de una tarde al pié de una montaña.

Su mujer y sus hijos le dijeron:

—Echémonos á tierra y durmamos.

Caín no podia dormir, permaneció despierto al pié del monte.

Levantó por casualidad la cabeza, y en el fondo de los cielos negruzcos vió un ojo muy grande abierto en las tinieblas, que le miraba fijamente.

—¡Estoy demasiado cerca!—murmuró estremeciéndose, y despertando á sus hijos y á su fatigada mujer, comenzó otra vez su precipitada fuga.

Caminaba con la palidez en el rostro, estremeciéndose al menor ruido, mirando atras sin descansar, sin dormir, sin detenerse; pero pronto hubo llegado á las orillas del mar en el país en donde más tarde se estableció Asur.

—Parémonos—dijo—porque este asilo es seguro; detengámonos; hemos llegado á los confines del mundo.

Pero al sentarse, vió entre los sombríos cielos el mismo ojo que le contemplaba. Entónces, se estremeció y se apoderó de él un vértigo.

—¡Escondedme!—gritó.

Y con el dedo en la boca, sus hijos contemplaban al abuelo, que temblaba fuera de sí.

Caín dijo á Abel, padre de los que habitan el desierto bajo tiendas de pelo:

—Extiende hácia este lado la tela de tu tienda.

Y la tela fué extendida; y cuando estuvo asegurada con pesos de plomo, preguntó Tsilla, la niña blonda, la hija de sus hijos, con voz dulce como la aurora:

—¿Veis algo todavía?

Y Caín respondió:

—¡Aun veo el mismo ojo!

Iubal, padre de los que atraviesan las aldeas soplando la gaita y golpeando el tamboril, exclamó:

—Yo sabré construir una barrera.

Y construyó un muro de bronce, y detras colocó á Caín.

Y Caín dijo:

—El ojo me mira aún.

—Es preciso construir un círculo de torres tan formidable, que nada pueda acercarse á él. Edifiquemos una ciudad con su ciudadela, y la cerrarémos despues.

Entónces Tubalcain, padre de los herreros, construyó una ciudad maravillosa. Miéntras la edificaban, sus hermanos cazaban á los hijos de Enos y á los de Seth; si alguien pasaba por allí se le quitaban los ojos; por la noche arrojaban flechas á las estrellas. El granito reemplazó á las paredes de tela; unas piedras estaban unidas á otras con lazos de hierro; parecia aquella una ciudad infernal; la sombra de las torres extendia la noche por los campos vecinos, los muros tenian el espesor de los montes; sobre la puerta se gravaron estas palabras: *Ni Dios pasa.*

Cuando todo estuvo concluido, colocaron al abuelo en medio de una torre de piedra. Allí permaneció inquieto y lúgubre.

—¡Padre mio!—preguntó con voz temblorosa Tsilla;—¿ha desaparecido?

Y Caín respondió:

—No; aun le veo.

Y añadió:

—Quiero vivir debajo de tierra, como un muerto debajo de un sepulcro. Nadie me verá, ni tampoco veré yo cosa alguna.

—Está bien.

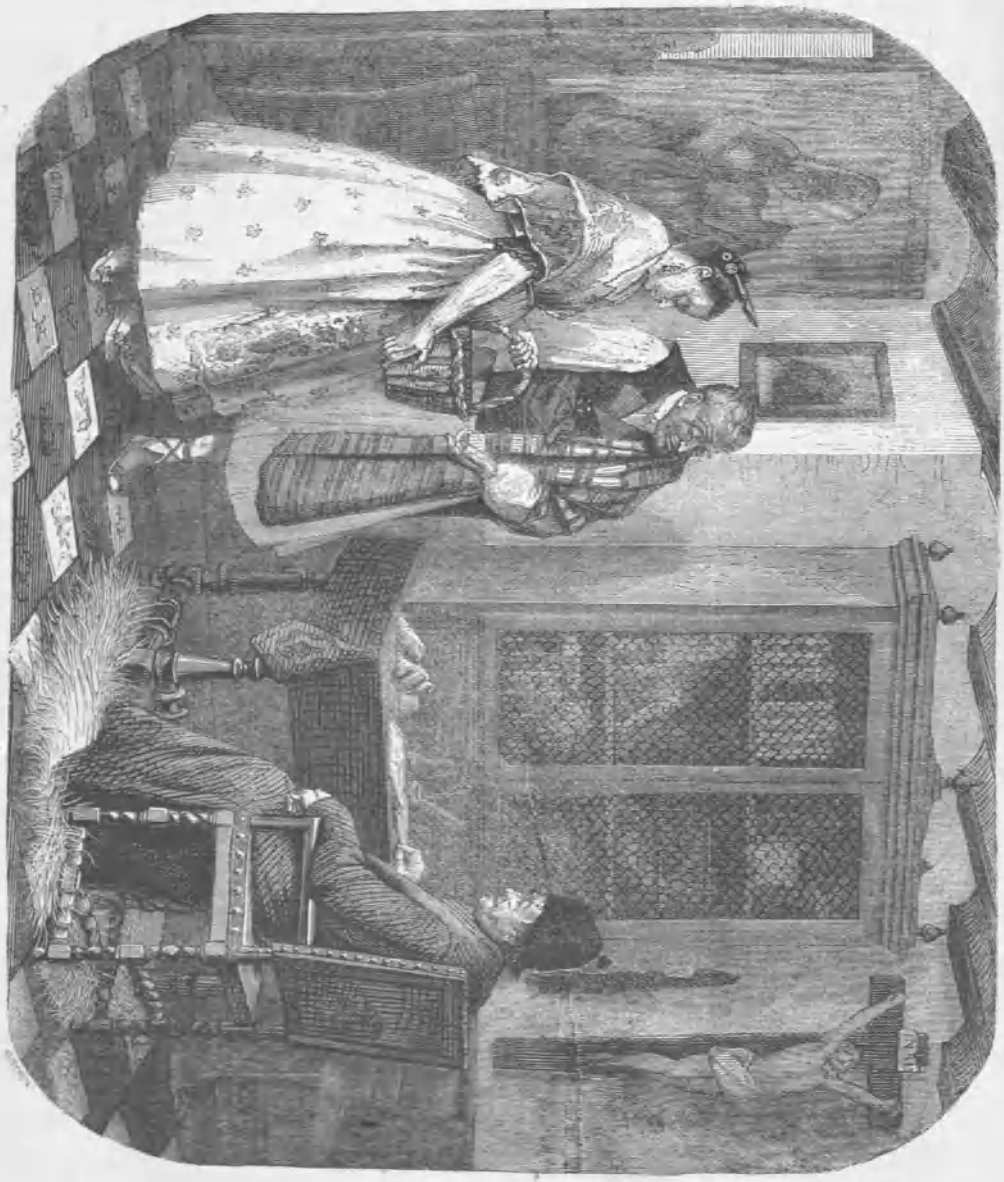
Despues descendió él sólo al interior de aquella sombría bóveda. Cuando estuvo sentado en su silla en la oscuridad, y luego que sobre su cabeza hubieron cerrado la puerta del subterráneo, Caín levantó la cabeza y quedó aterrado; el ojo estaba dentro de la tumba y le miraba fijamente.

Victor Hugo.

LAS PRIMICIAS.

(CUADRO DE FERRANDIZ.)

Ofrecemos en el presente número una reproduccion del excelente cuadro del Sr. Ferrandiz, no dudando que será del agrado de nuestros habituales lectores.



LAS PRIMICIAS.
(CUADRO DE FERRANDIZ.)

RECUERDO DE VECINDAD.

Los vecinos de la calle de la Puebla Vieja en Madrid, y los que pasaban á menudo por ella en el año de 1852, recordarán seguramente haber visto á la puerta de una cabrería, ántes de llegar á San Antonio de los Portugueses, una muchacha como de doce á trece años, blanca, rubia, de agraciado y modesto semblante, sentada ó de pié, como cuidando su casa en el umbral de la cabrería.

Recordarán tambien que en unos dos años, creciendo á ojos vistas, la graciosa muchacha se convirtió en una jóven hermosa.

Un dia de Mayo de 1854, multitud de vecinos y de transeuntes entraban á la cabrería ó se quedaban mirando á la puerta.

La hermosa doncella, tierna flor de Mayo, cortada, apénas abrió sus hojas, del rosal de la vida, yacia en aquella humilde mansion de cuerpo presente.

Blanco ataud le servia de lecho, flores circundaban su frente, flores adornaban la cruz que descansaba sobre su corazon helado, tenía puesta sobre una palma la mano derecha, y á la palma la habian rodeado sus hermosos cabellos.

—¡Pobre criatura!—decian todos;—quince años podria tener.

—No los habia cumplido aún.

—Pues en estos dias iba á casarse.

—¡Jesus!

—Y ¿saben ustedes quién le ha hecho la caja?

. . . . . .

No pasemos de aquí; no digamos quién era..... Si lo decimos, no le nombremos.

No escribamos de ella tampoco. La modestia de la virtud pobre es la más delicada: es tambien por lo mismo la más respetable de todas.

Pero tiempo despues, un periódico de Madrid publicó unos pocos versos, humildes como la malograda jóven, recuerdo fugaz de su breve historia.

Florentina le llamaban en ellos, y *Pedro* al que le habia labrado el ataud..... Se le impondria el nombre de Florentina por su edad floreciente; adoptemos este nombre de disfraz, adoptemos el otro.

Bien: Florentina y Pedro.

Eran aquellos versos un corto romance.

Y decia el romance así:

LA CAMA DE MATRIMONIO.

¿Á dónde va el carpintero
Con tanta madera al hombro?
—Tengo que hacer un tablado
De cama de matrimonio.
—¿Quién se casa?—Florentina.
—Tu eres entónces el novio.
¡Mil enhorabuenas, Pedro!
—Mil gracias, amigo Antonio.

—¿Cómo te has hecho ese traje?
—Madre mia, no sé cómo.
Feo salió para boda;
Para mortaja es el propio.
—Rásgale, niña, ó deshazle.
—No madre, ya no le toco;
Mala me siento hace dias:
Puede que me sirva pronto.

—¿Qué trabajas, Pedro amigo,
Tan afanado y lloroso?
—Labro una cama sin piés,
La postrera que usan todos.
—¿Quién ha muerto?—Florentina;
Por ella trabajo y lloro.
¡En ataud se ha trocado
La cama de matrimonio!

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

DOS AMORES.

SONETO.

Te amé cuando en la senda de la vida
Flores no más hollabas con tu planta;
Te vuelvo á hallar en esta, que te encanta,
Edad de sueños para mí perdida.
No es el amor que á la virtud mentida
Himnos de paz y de ventura canta,
Ni la pasion consoladora y santa
Al dulce soplo de la fe nacida.
Es ese afan que en su entusiasmo loco
Funde lo deleznable con lo eterno;
Que trueca en oro la mundana escoria,
Y hasta su misma dicha tiene en poco,
Y que si en un dolor copia el infierno,
Da en un placer la imágen de la gloria.

M. DEL PALACIO.

EL TOCADOR DE VIHUELA.

(CUADRO DE L. CASANOVA.)

Ofrecemos á nuestros lectores en el presente número una reproduccion del cuadro del Sr. Casanova titulado *El tocador de vihuela*, popular tipo retratado con singular maestría, con firmeza en el conjunto y relieve en sus detalles característicos.

Vese en él al labriego aragonés ó castellano que toma el sol, y mata el tiempo en apacible dia de primavera, y se arrulla y se mece con los alegres ecos de la Jota y la Rondalla.

Este cuadro figura entre uno de los mejores del citado pintor.

UN CADAVER MAS.

(Á HORACIO PASCUAL.)

I.

Hace ya bastante tiempo, y en varios de los periódicos que se publican en esta córte, se dió la siguiente noticia, nada rara por cierto, pues desgraciadamente se inserta con bastante frecuencia.

«Ayer á las nueve de la noche se produjo la muerte, arrojándose por el viaducto de la calle de Segovia, una jóven decentemente vestida, cuyo cadáver no pudo ser identificado, pues no se encontró en sus ropas nada que diera á conocer su nombre; ignoramos la causa que impulsó á esta desgraciada á tomar tan fatal resolucion.»

La casualidad, que ejerce muchas veces el papel de Dios, ha puesto en mis manos la historia de esta suicida, que publico para probar, ó intentarlo al ménos, hasta qué punto puede defenderse una mujer honrada cuando, dominada por una pasion infinita, sólo puede satisfacer ésta faltando á sus deberes y perdiendo su honor.

II.

Huérfana, jóven y hermosa, Matilde no se vió, cuando sus padres murieron, en la miseria, porque mucho ántes de que éstos la dejáran con su muerte sola en el mundo, ya ganaba un jornal trabajando como oficiala en una de las más elegantes tiendas de modas que existen en Madrid; no era, en verdad, muy crecido, pero sí lo suficiente para que con él satisfaciera todas sus necesidades y áun ahorrára para permitirse de vez en cuando algun domingo por la tarde el lujo de asistir al teatro, al cual era muy aficionada, sobre todo si en él se representaban dramas del género llamado realista.

Deslizábase la vida de Matilde tranquila, al parecer, y sosegada, absorbiéndola su trabajo todo el dia, que pasaba en el obrador detras del mostrador, donde trabajaba desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde, lo mismo en verano que en las demas estaciones del año.

En entre sus compañeras considerada como poco comunicativa, y llamábanla *simple*, porque nunca tomaba parte en las bromas con que aquéllas ridiculizaban á cuantas personas entraban en la tienda y á muchas que pasaban por la calle, la cual descubríase perfectamente desde el sitio, detras del mostrador, en que se trabajaba; y efectivamente, no carecian de razon, pues Matilde revelaba en su rostro algo así como profunda pena, como si un gran pesar la impidiera ser risueña y alegre y la obligára á permanecer siempre con la vista fija en su labor, resultando una nota discordante entre aquel enjambre de mujeres jóvenes, cuyas palabras chispeantes y epigramáticas no eran las más á propósito para que la persona á cuyos oidos llegaban se mantuviera séria y callada. Tenian razon, pero no era que Matilde fuese poco comunicativa la causa de la actitud en que se colocaba, no; de carácter franco y expansivo, Matilde, con la muerte de sus padres, la soledad en que vivia, la falta de un corazon que comprendiera el suyo, habíase formado un carácter artificial, por decirlo así, que la obligaba, áun sin querer, al silencio, á la incomunicacion, al mutismo; alma la suya nacida para amar, con estas circunstancias accidentales, con las condiciones en que su vida se desarrollaba, habíase formado por acumulacion un fondo de tristeza tal con sus reflexiones, que sólo á disiparlo hubiera bastado una fuerza grande, incontrastable; sucedióla que, poco á poco, como gota á gota de agua que cae en un depósito si no tiene salida se va llenando, reflexion á reflexion fuése llenando su alma de negrura y de tristeza, sumiéndola en ese vago estado del que necesita algo para vivir y no sabe lo que es, notando un vacío en su pecho que habíase de llenar irremisiblemente con ese algo necesario, indispensable, esencial, y sin el cual se sentia cada hora que pasaba más triste, más sombría; en una palabra, Matilde necesitaba amar, pero su corazon, preparado para el amor, habia de sentirlo violento y tenaz á la sola presencia del sér que con el suyo habia de arrancarla de aquella situacion y al simple contacto de una mirada, que, así como una gota de agua produce un desbordamiento y una chispa un incendio, una mirada basta para engendrar una pasion que lleva en sí muchas veces incendio y desbordamiento.

Tal era la verdadera causa de la tristeza de Matilde, del silencioso recogimiento por el cual habia merecido el epíteto de *simple*; considerada como poco comunicativa por sus compañeras, éstas no podian adivinar que si Matilde permanecia callada sin tomar parte en sus chistes y bromas, era precisamente porque su alma necesitaba alimentarse con expansiones más altas, más dulces, más ideales que aquellas que en el obrador podian proporcionarla las maliciosas frases con que se ridiculizaba á cuantos seres merecian tal distincion.

III.

Una tarde en que, como todas, Matilde cosia su labor detras del mostrador oyendo sin interes á sus compañeras, al escuchar cómo éstas hablaban de la insistencia con que un hombre miraba desde la calle y á través de los cristales del lujoso escaparate el interior de la tienda, sin saber por qué, pero obedeciendo á un impulso irresistible, levantó la cabeza para mirar este hombre, cuyos ojos estaban fijos, clavados en ella. No fué más que un momento, pero lo que en su trascurso sintió al contacto de aquella mirada, porque las miradas tocan, es imposible explicarlo: púsose densamente pálida como si un profundo dolor la hubiera herido de repente en el corazon; aquel instante pasó tan rápidamente como aquella palidez, que no fué notada, y nada más se habló de aquel hecho que se repetia frecuentemente; llegó la hora de acabar el trabajo, cesó éste, arregló-se un poco cada muchacha, y aquellas mujeres jóvenes salieron precipitadamente de la tienda como bandada de palomas que tras larga prision abando-

en la jaula en que estuvieran presas, ávidas de tender su vuelo y gozar los incomparables deleites de la hermosa libertad; Matilde, al salir, lo primero que notó fué aquel hombre que tan profundamente habíala impresionado y que apénas fué vista por él, siguióla á no muy larga distancia miéntras ella, sin volver la cabeza, marchaba apresuradamente; llegó á su casa, y así que entró en ella, aquel hombre miró el número que sobre la puerta y pintado en un azulejo blanco había, y lo apuntó en una elegante cartera; despues penetró en el portal, y dirigiéndose á una vieja que dentro de un miserable cuchitril dormitaba, la dijo, poniendo en sus manos una moneda de cinco pesetas:

—¿Ha visto V. la jóven que acaba de entrar?

—Sí, ¿queria V. algo?—respondió la vieja con voz parecida al ruido que se produce cascando nueces, y apresando mejor que cogiendo aquella moneda.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Matilde, es huérfana, modista, trabaja en la calle de X en una tienda muy grande y vive sola.

—Gracias, adios.

—Vaya V. con Dios, señor.

Pasando por alto detalles que no son necesarios para esta relacion y que sólo servirian para hacerla pesada si acaso no lo fuera ya, baste saber que Matilde, dia tras dia perseguida por aquel hombre, vióse obligada á escucharle y al fin á entablar relaciones amorosas con él, á quien amaba con toda su alma desde la primera vez que lo vió; frecuentes paseos por sitios solitarios fueron poco á poco intimando estas relaciones, que, áun cuando honestas, acusaban el amor grande que Matilde sentia por Félix, que éste era el nombre de su amante.

¡Y qué trasformacion habia sufrido Matilde!

Aquella tristeza que ántes la dominaba habia desaparecido por completo; en el obrador presentábase risueña y alegre, y ya no permanecia callada entre sus compañeras, que mostrábanse sorprendidas por el cambio que la *simple* habia experimentado; en una palabra, Matilde era feliz, completamente feliz; habia encontrado aquel algo que ella consideraba como esencial para vivir; amaba, y el amor que sentia era tan inmenso, que la absorbia por completo, y por completo la dominaba; pero con tal fuerza y de tal manera, que si ahora, contando con el cariño de Félix, era completamente feliz, sólo el pensar que éste pudiera faltarla, sumíala en tristes vacilaciones, que la hacian sufrir horriblemente y creer que sólo la muerte la serviria de consuelo y de lenitivo para curarse la pena que sentiria si Félix dejara de amarla. Esto podrá parecer exagerado, pero no tiene nada de extraño: una mujer como Matilde, que ha visto morir á sus padres siendo muy jóven; que ha vivido sola sin tener quien la comprendiera; algo romántica; esclava del trabajo, porque sin él no era posible la vida, y que, efecto de continuas y tristes reflexiones, hase aumentado el afan de querer, y que por esto necesita álguien en quien depositar aquel caudal de pasion que siente en el alma, pero que tiene que guardarlo, con lo cual, y á medida que crece, crece tambien su deseo por satisfacer ánsias de cariño; una mujer así, que encuentra, al cabo, un sér, un hombre que sabe llenar todas las esperanzas y todas las ilusiones de esta mujer, jurándola amor eterno, arrancándola de esa atmósfera asfixiante, que parece respirarse cuando se siente dentro del pecho algo que pugna por salir y que simula ahogarnos, una mujer así, que ama y cree ser amada, y de pronto sabe con certeza que el amor que la juran es falso y mentido, amor en el cual ha cifrado su vida entera, porque como en vida le considera, ¿qué tiene de extraño que sólo entienda hallar fin para sus males, y los males que produce la ingratitud son incurables, en la muerte?

Nada, pues, debe encontrarse raro que Matilde pensára en la muerte al pensar en una ingratitud, más ó ménos probable, de su amante, á quien amaba con locura y por quien hubiera hecho una locura; ¡que nada existe en el mundo que produzca tanta desesperacion, que tanto nos haga desear la muerte y considerarla como único límite á nuestras desgracias y á nuestros sufrimientos, como los sufrimientos y las desgracias que nacen de llegar á la luz tras largas fatigas y caer de repente en las tinieblas! y esto es amar y contar con el amor de quien amamos, y ver de pronto que este amor nos falta, y que sin él conviértese la vida de alegre y placentera en negruzco montan de lágrimas y pesares.

IV.

La habitacion ocupada por Matilde componíase de tres pequeñas piezas: una salita, una alcoba y la cocina, distribuidas en el órden que las mencionamos y humildemente alhajadas con pobres muebles, aunque todo muy limpio y bien cuidado; el mobiliario de la salita componíase de una cómoda sobre la cual habia dos floreros de tosca porcelana, un acuario, algunas cajas, vacías, de dulces y un pequeño reloj, que debia ser muy antiguo, á juzgar por su forma y su lectura: dos rinconeras, que sostenian cada una de ellas un candelabro de bronce; media docena de sillas, un sofá de paja, y encima del reloj, y colgada de la pared, sin marco, una imágen, groseramente pintada al óleo, de la Vírgen del Cármen.

Matilde, sumida en el sofá y alumbrada por la escasa luz de la vela de esperma, leia, una noche, *La Esposa adúltera*, de Escrich, revelando en su rostro el interes con que seguia la trama de esta novela.

Ensimismada en su lectura, Matilde no oyó un breve campanillazo que anunciaba el deseo que álguien tenía por entrar en su habitacion: pasado un momento repitióse el campanillazo, pero esta vez más enérgico y duradero, como si la persona que lo producia se impacientára; levantóse Matilde, dejó el libro sobre el sofá, y sin preguntar quién era, pues suponia seria algun vecino, abrió, quedándose confusa y perpleja al ver quien tenía delante; pasado un instante y restablecida de su sorpresa:

—¡Tú, tú en mi casa y á estas horas!—dijo á

Félix; pues éste era quien ante Matilde se encontraba.

—Yo, ¿qué te asusta? yo, Félix.

—No me asusta, me extraña tu presencia: ¿qué quieres, qué buscas? vete, vete por Dios, te lo pido de rodillas: me comprometes sólo con estar aquí.

—¿Que me vaya?—dijo Félix entrando en la salita, y cerrando la puerta;—¿que me vaya? no: tengo que hablarte y no he de perder esta ocasion; he de aprovecharla ya que conseguí lo que tanto he deseado: vete á solas.

—Venir á mi casa y venir á estas horas sólo pudiera hacerlo mi padre ó mi esposo; ni uno ni otro eres tú; vete, pues.

—No.

—¡Vete!

—No.

—¡Félix!

—Matilde.

—¡Por!.....

—Por nada—la interrumpió Félix;—no seas cruel; permíteme que una vez más, sin testigos, te diga ahora lo que tantas has escuchado, lo que constantemente quisiera decirte.

Antes de continuar, permítanme mis lectores un ligero bosquejo de Félix.

En lo físico: alto, bien formado, elegante y simpático; lo que llaman las mujeres un hombre guapo; en lo moral, bajo, mal formado y antipático; bajo, porque en él impera un grosero materialismo con el cual se juzgan las acciones ajenas como malas si tienen su origen en todo lo que no es cálculo; mal formado, porque su alma era deforme, con la deformidad producida por la carencia absoluta de lo bueno y lo justo; antipático, porque, así que eran conocidos sus instintos, su modo de obrar y su miseria, apartábanse de él con horror y repugnancia cuantas personas le trataban.

Tal era Félix; y la pasion que por Matilde sentia nunca fué amor, sí deseo nacido á la mera contemplacion de la hermosura que su amada poseia; deseo brutal, salvaje, que no deja más rastro, cuando se ha satisfecho, que el cansancio del verdugo, la caida de la víctima, los despojos de una honra destrozada y un porvenir negro y sombrío, de lágrimas y pesares, para la pobre mujer que, fiando en pureza mentidas y en mentidos juramentos, no cometió más pecado que ser inocente y creer, que sentirse con alma y amar.

. . . . . .

Sigamos, hecho este rapidísimo retrato de Félix, nuestra, por esta causa, interrumpida relacion.

Matilde, viendo el firme propósito que su amante tenia de no abandonarla, luchaba consigo misma, entre acceder ó no á los deseos de Félix; ánn duda, ánn vacila, pero una mirada suplicante y amorosa de este la decide, y dice:

—¡Cómo me vences! habla.

Juntos siéntanse en el sofá, y él, presa en sus manos una de Matilde, exclama con voz callada, muy callada:

—¿Te negabas á escucharme, ingrata, sabiendo que iba á decirte una vez más lo mucho que te amo, lo mucho que te adoro? te negabas á escucharme; me mandabas salir como si mi presencia en este sitio fuera peligrosa para tí, á quien respeto tanto como quiero, y ya sabes que mi cariño es inmenso. ¿Por qué ese deseo tan tenaz porque marchára? ¿no tienes confianza en mí, no crees en la honradez de este amor que me embriaga, que me tiene loco? loco, sí: cuando te ví por vez primera no supe qué admirar más en tí, si la espléndida hermosura con que Dios te dotó, ó esa pureza que existe en tu alma y que tu frente refleja con tanta fidelidad como en cristalina superficie de tranquila laguna relléjase un cielo azul, ¡cuánto te amo! Tú no sabes, Matilde mia, cuán grande es este amor que mi alma te profesa; quisiera que mis palabras, al deslizarse en tus oidos, te llevaran una idea perfecta de mi cariño, para que comprendieras hasta qué punto me enloqueces y hasta qué límite ha llegado la idolatría, porque lo es, con que te rindo este amor que constituye mi vida; mi vida, sí, porque sin él yo no podria vivir, todo me sobraria y todo me faltaria, porque sin tí todo lo desprecio y todo me es necesario; pues que siendo tú mi vida me faltaria faltándome tú, y sin vida no se alienta; amarte, amarte es hoy mi único pensamiento, poseerte mi única aspiracion. ¡Ah, si de mí sólo dependiera, ya hace tiempo estaríamos unidos para toda una eternidad! Pero esto por ahora desgraciadamente no es posible, y miéntras llega la hora de realizar este nuestro mutuo deseo, habrémos de resignarnos y sufrir, pero sufrir mucho: ¡es tan triste, causa tanto pesar tener que aguardar el momento de la dicha! Si tú me amáras tanto como yo á tí, bien podriamos adelantar ese momento y ser felices, muy felices, si tú.....

Una mirada de Félix, insinuante, profunda, suplicante, mirada que revela al tigre y al reptil, acaba el pensamiento no concluido de expresar; Matilde, atraida por esta mirada, trémula, palpitante de amor, próxima á caer, muestra en su actitud el poderoso influjo que sobre ella ejerce su amante; y ya trasportada al mundo del delirio, al cerrar los ojos como si fuera á caer en profundo letargo, siente los brazos de Félix que la estrechan, y á su contacto, en brusco sacudimiento, desprendiéndose de ellos, se levanta, y con voz sonora, aunque ténue, soberbia, majestuosa, resplandeciente de virtud y de pureza, exclama:

—Félix, Félix, calla; ¿qué me pides? cesen tus labios de rogar lo imposible, enmudezcan tus deseos; sólo ante el altar he de ser tuya.

—Matilde, ¿qué dices, te enojas como si yo exigiera de tí tu honra?—exclamó Félix, en cuyos ojos adivinase la contrariedad del que, próximo á robar lo ajeno, ve su intencion defraudada.

—¿Y qué sino mi honra me pedias, al pedirme cediera á tus ruegos? ¿y qué sino ella habrias despedazado si yo, vencida ya, no hubiera sentido que lastimada se quejaba á la presion que sufrió cuando tus brazos apresaron mi cuerpo? Nunca más, Félix, nunca más, si no quieres perder mi cariño, vuelve

á repetirse esta escena; y ahora, vete; te lo pido por nuestro amor.

—Me voy; ya ves que ni una sola palabra, para despedirme, emplee en este momento: pero ántes de marcharme, dime, ¿quedas enojada conmigo? ¿me guardarás rencor? ¿no me amas?

—¿Y me lo preguntas? Te amo..... como tú sabes que sé yo amar: pero vete, vete—respondió Matilde con acento inseguro, manifestando la intranquilidad y el desasosiego.

—Adios, pues, Matilde mia, hasta mañana.

—Hasta..... mañana, sí.

Cruzase entre los dos amantes una última mirada de despedida, nubas amorosas, pero la de él bamboleante, codiciosa; y apénas Félix sale y cierra la puerta Matilde, ésta arrójase sobre el sofá, y escondiéndo su cabeza entre las manos, vierte copioso llanto desahogando así parte del profundo pesar que azota su alma: pasado un momento, levántase y exclama:

—¿Qué es lo que siento, Dios mio, que así me hace llorar y sufrir tanto, como si fuera á faltarme la vida? ¿qué es esto, aquí en el pecho, que parece ahogarme, apretando el alma, comprimiéndola como si férreo círculo la envolviera? ¿qué presentimiento es éste que me obliga á suponer cierta una desgracia que no existe, forjada sólo por mi loca fantasía? pena, dolor, presentimiento, no sois ficticios, no: existis y existis con razon; ese hombre me ha robado la alegría despues de ser él quien me la trajo. ¡Qué momento! ¡Cuánto delirio! ¡Cómo me he salvado! Dominada por ese hombre, fascinada con sus palabras, presa á su voluntad, sujeta á su albedrío y arrastrada por mi amor, ¡qué poco ha faltado para caer y en mi caida perder el derecho de llamarme honrada y creerme la obligacion de mirar al suelo, único sitio donde pueden posarse los ojos, porque así no se nota en la frente el enrojecimiento que produce una honra mancillada! ¡No, no! yo bien sé que al lado de Félix me siento así como envuelta por fuerza magnética que me lleva hácia él; yo no ignoro que es capaz de enloquecerme tan sólo con mirarme; pero yo he de luchar para no caer, y no caeré, que así como hoy tuve alientos para vencerme, mañana no ha de faltarme y sabré imponer mi voluntad á mi amor para no verle más; ¿no verle más cuando le adoro, cuando sin él miraria tranquila desgajarse el mundo? No verle más sólo he de conseguirlo con su muerte ó con la mia; pero verle y tenerle á mi lado, y resistir, y no caer, ¿cómo he de conseguirlo si para probarle este amor que le tengo considero que es poco darle mi alma y mi cuerpo? Verle y resistir, es soñar; su amor me embriaga, y si se empeña y ruega, cedo. Para no verle, me faltan fuerzas; para verle y no ceder me faltan más. ¿Qué hago? Ó ceder ó morir; ésto es mi mañana, y mañana habré muerto ó habré caido.

Fatigada, llorosa Matilde, al llegar á esta parte de su monólogo que habia pronunciado en alta voz, vuelve la vista hácia la imágen de la Virgen del Cármen, que de rodillas ante ella extendiendo los brazos, y exclama despues de un breve momento:

—¡Virgen del Cármen, Virgen mia, socórreme, préstame tu proteccion, ilumina este alma entristecida, no me abandones, dame fuerzas para vencer este amor que puede conducirme á la deshonra: á ti me acojo como último refugio, en ti confio como en mi última esperanza! ¡Y si la muerte es mi única salvacion, si para dominar esta debilidad de amor sólo con morir he de alcanzarla, y si por evitar mi perdicion me quito la vida, perdóname mi crímen, no lo es, pues que con él, si mato un cuerpo, salvo mi alma: perdónamé, que merezco tu perdon al sacrificar la vida por ganar en el cielo el pago que en este mundo de miserias no otorgan por asesinarse el alma ántes que merecer el oprobio y el baldon sin merecerlo! ¡Virgen mia, Virgen mia, recibe mi plegaria como triste queja de dolor y de amargura, como el último lamento de un alma que ha de abandonar pronto el cuerpo donde tanto sufrió y para la cual la vida fué negra cadena de penas y sinsabores!

Y Matilde, sintiendo cómo resbalaban por sus mejillas lágrimas que más parecian perlas de fuego, tanto la quemaban, radiante de pureza, con fe infinita, revelando en su semblante el sufrimiento que la combatia, empezó á rezar miéntras el reloj de la vecina iglesia dejó escuchar, lejanas, lúgubres, vibrantes doce campanadas cuyo sonido, debilitándose poco á poco al perderse en el espacio, semejaba largos gemidos de muchas almas entristecidas que juntas se quejaban de sus males.

V.

Tiene el viaducto de la calle de Segovia, alumbrado por dos filas de faroles colocados á intervalos en una y otra acera, algo de lúgubre, algo de sombrío, cuando se considera que sirve á los desesperados de constante y perpétuo medio para quitarse la vida ó intentarlo al ménos, pues son muchos los que, en el instante de salvar la barandilla para arrojarse, siéntense detenidos por los guardias, cuya principal mision en este sitio es ésta, y cuya ocupacion general consiste en recorrer el viaducto con ese andar monótono y acompasado del que sólo esto tiene que hacer.

Las nueve acababa de dar el reloj de Palacio la noche siguiente á la en que Matilde vióse á solas con Félix, cuando una mujer jóven, á juzgar por la rapidez con que marchaba, vestida de negro y cubierto el rostro por la mantilla que llevaba prendida en la cabeza, bajaba por la calle Mayor y se detenia un poco ántes de llegar al viaducto; no permaneció parada mucho tiempo: siguiendo su camino, entró en aquél, donde se detuvo otro momento, el suficiente para que se alejáran los guardias al otro extremo, y cuando vió que á éstos les faltaba poco terreno que andar para volverse, avanzó rápidamente hasta el centro, trepó por la barandilla y se dejó caer al otro lado: pero los vestidos, enganchados milagrosamente en los hierros, impidieron la caida: un grito lanzado por esta mujer, agudo, penetrante, mezcla de angustia y coraje, algo de quejido y mucho de imprecacion se deja oir y llama la atencion de los guar-

dias que corren precipitadamente al observar aquel cuerpo sostenido entre hierros, próximo á desprenderse; corren, se acercan..... ya llegan..... tienden las manos para cogerlo..... pero en este momento, aquel cuerpo suspendido un minuto, una eternidad, entre la vida y la muerte, despues de un ligero rasguido, desencájase, hiende el espacio y viene á estrellarse contra el suelo con ese ruido característico que no puede confundirse con ningun otro, seco y estridente, producido al choque de un cuerpo humano con una materia dura.

Despues..... despues mucha gente, ávida de comentar, forma estrecho círculo al rededor del cadáver; éste, que permanece tres ó cuatro ó más horas en el sitio donde cayó; el juzgado luégo, más tarde la conduccion al hospital del cuerpo muerto; y por fin,

ANTAÑO.

Estos nobles de ayer ¡qué vida hacian!
¡Hasta cuando paseaban se instruian!

como única oracion fúnebre á la pobre Matilde, que ésta era la suicida, estas palabras publicadas como noticia en varios periódicos:

«Ayer, á las nueve de la noche, se produjo la muerte arrojándose por el viaducto de la calle de Segovia, una jóven decentemente vestida, cuyo cadáver no pudo ser identificado, pues no se encontró en sus ropas nada que diera á conocer su nombre; ignoramos la causa que impulsó á esta desgraciada á tomar tan fatal resolucion.»

VI.

La triste historia que acabo de relatar, pues no es novela, prueba hasta dónde sabe llegar una mujer honrada para cumplir con los deberes que la conciencia impone, cuando un amor grande llena su alma, enloqueciéndola y arrastrándola hácia lo que la sociedad llama el camino de la perdicion.

De las várias y múltiples reflexiones que surgen en mi mente despues de esta humilde narracion, sólo una apunto y es la siguiente: existe sólo en Dios y acabada la vida, el premio á las buenas acciones; la causa que nos impulsa al bien, á cumplimentar un deber, á portarnos como honrados, ¿cuál es? ¿qué beneficios produce en este mundo donde todo se pesa en la balanza mal equilibrada del materialismo,

el vencimiento del mal, en la lucha que constantemente sostenemos con él? En una palabra: ¿qué se gana por ser bueno? no lo sé: pues aunque no ignoro que ser bueno es una obligacion, y las obligaciones cumplidas no merecen premio, son hoy los buenos tan pocos, que bien merecen los que existen y los que hubieren, por no dejar de serlo, algo que les sirva de recompensa y aliente á los que no lo son para convertirse.

Pero lo que sí sé muy bien, lo que no dudo, es que la indiferencia y el egoismo son caractéres esenciales y distintivos de nuestra época, retratada magistralmente por nuestro inmortal Espronceda cuando dijo, haciendo un soberbio cuadro de una sola pincelada:

«Trúequese en risa tu dolor profundo:
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?»

FERNANDO PASCUAL.

OGAÑO.

Hoy la misma instruccion, igual cuidado,
¡Solo es el profesor el que ha cambiado!

USO DE LOS ZANCOS

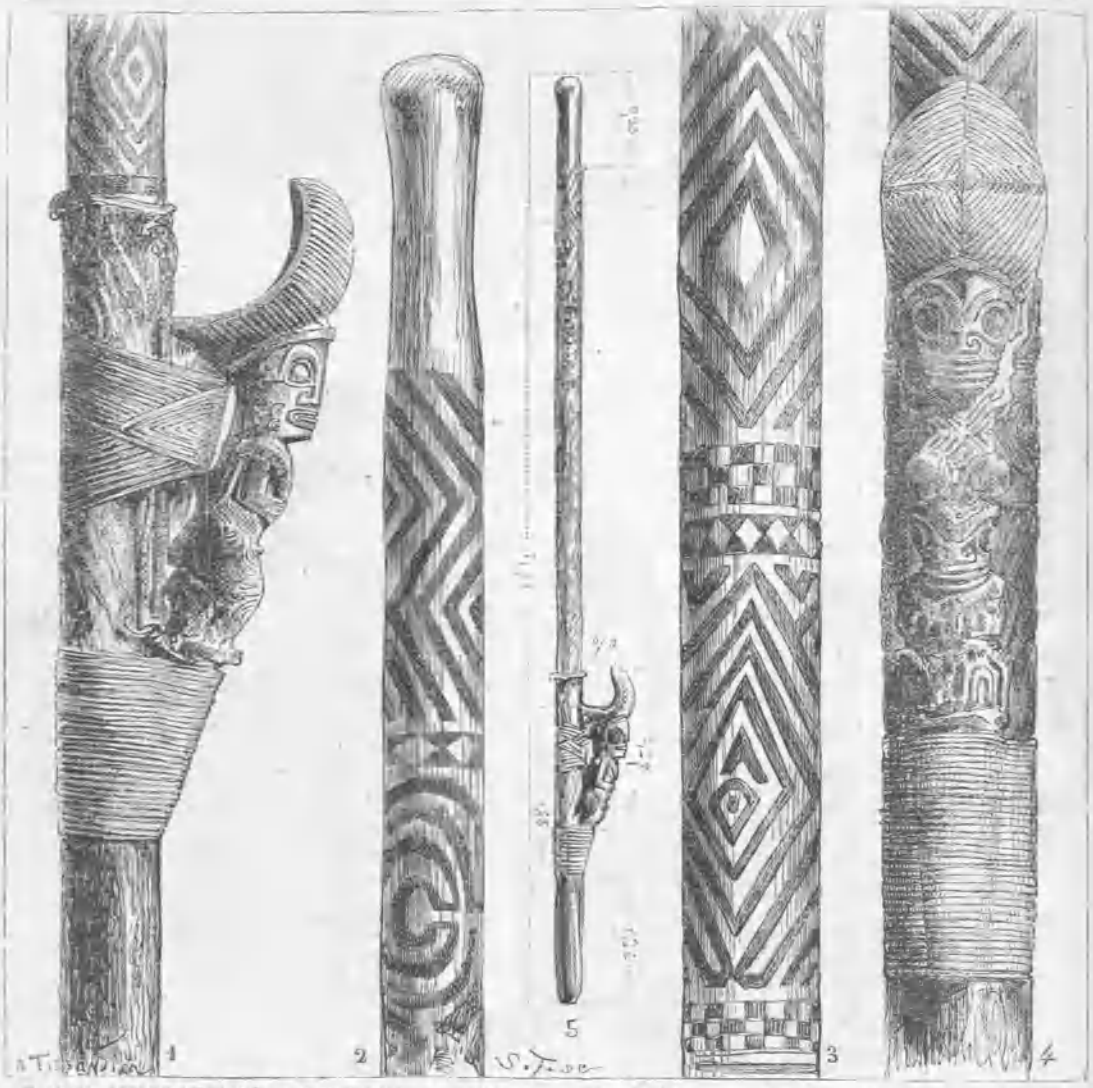
ENTRE LOS INSULARES DE LAS MARQUESAS.

Los primeros viajeros que conocieron las Marquesas, desde Mendaña, que descubrió las más meridionales de estas islas en 1594, no han dicho nada del uso de los zancos entre sus habitantes.

Pero Marchand, que hizo conocer el primero, en 1791, el grupo Norte del mismo archipiélago, ha hablado largamente de estos utensilios.

Despues de recordar con qué cuidado los insulares de Wai-Taho establecen sus casas sobre plataformas de piedra á cierta altura, lo que indica ya que su isla debe estar expuesta á inundaciones, Marchand añade que el uso que hacen de los zancos confirma esta opinion, y describe estos utensilios de la manera siguiente:

Estos zancos están dispuestos de una manera que anuncia que las inundaciones no son regulares, y que varian en su altura, y la necesidad ha sugerido á los habitantes de Santa Cristina un medio tan sencillo como ingenioso, por el que este recurso, que les es necesario para comunicarse entre sí en la estacion de las lluvias, puede emplearse igualmente en los casos de las aguas más bajas. Para este efecto, cada zanco se compone de dos piezas: una, de madura dura y de un solo pedazo, puede llamarse coloca-pié; la otra es una vara de una madera ligera, más ó ménos larga, segun la estatura del que debe usarla. El coloca-



ZANCO AUSTRALIANO.—1.º Pedal del zanco visto de perfil.—2.º Parte superior del mango.—3.º Parte media del mango.—4.º Pedal visto de frente.—5.º Zanco entero, notado en centímetros.

pié tiene once ó doce pulgadas de alto ó de largo, una pulgada y media de espesor, y su ancho, que es de cuatro pulgadas por arriba, se reduce en la parte baja á media pulgada.

La parte posterior tiene un canal para aplicarse contra la vara, como una ginnelga, en términos de marinos, se aplica contra un mástil, y está atado á la vara, á la altura á que exigen las aguas, por trenzas de fibras de coco; la trenza de arriba pasa por un agujero oblongo horadado en el espesor del colocapié, y la de abajo abraza con muchas vueltas la parte delgada y la sujeta contra la vara.

La parte saliente, sobre la que debe reposar el pié, se encorva hácia arriba, separándose de la vara; este patin tiene una pulgada y media de espesor, y su forma es, con poca diferencia, la de la proa de un buque.

El patin está sostenido por un busto de figura humana; tiene por debajo una segunda figura del mismo género, pero más pequeña.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

No entra en misa la campana y á todos llama.

SUMARIO.

GRABADOS.—Las Primicias, cuadro de Ferrandiz.—El tocador de vihuela, cuadro de Casanova.—Antaño y ogaño.—Zanco australiano.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Keraban el Testarado, por Julio Verne.—El secreto del oro, Luis Boussenard.—Sin familia, Hector Malot.—El torbellino de nieve.—La conciencia, por Victor Hugo.—Las Trinidias.—Recuerdo de vecindad, por Juan Eugenio Hartzenbusch.—Dos amores, por M. del Palacio.—El tocador de vihuela.—Un cadáver más, por Fernando Pascual.—Uso de los zancos entre los insulares de las Marquesas.—Solucion al jeroglífico.

MADRID, 1884.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra.—Paseo de San Vicente, núm. 20.

LA AMENIDAD

LA
AMENIDAD

BOLETIN DE ILUSTRACION Y RECREO

publicado bajo la direccion

DE

DON JAIME GASPAR Y ALBA

AÑO PRIMERO--TOMO II

GASPAR, EDITORES
4, Príncipe, 4
MADRID.

MADRID, 1884.—ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,
impresores de la Real Casa.—Paseo de San Vicente, 20.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE MATERIAS.

¡Abandonado!: pág. 182.
Adam Mickiewicz: pág. 349.
Aerostacion: págs. 126 y 253.
Aguadora (La): pág. 510.
Alcazar de Sevilla: pág. 282.
Alegoría de la Pascua de Resurreccion: pág. 59.
Á Narciso y María: pág. 507.
Andaduras del caballo: pág. 182.
Anécdotas: págs. 96, 128, 160, 192, 255, 288 y 448.
Apuntes: pág. 224.
Arado (El): pág. 503.
Arpa (El): pág. 507.
Arpa maravillosa (El): pág. 251.
Arriero catalan (Un): pág. 219.
Autógrafos célebres: pág. 125.
Azul y negro: pág. 181.
Barómetro (El): pág. 475.
Brazos y las manos de hierro (Los): pág. 319.
Caballero de Olmedo (El): pág. 471.
Cabeza y el Gorro (La): pág. 251.
Cacerías en el África ecuatorial: págs. 311, 342, 415 y 439.
Cairo (El): págs. 371 y 405.
Camino de hierro aéreo en Nueva-York (El): página 187.
Cantares: págs. 379 y 383.
Cañon para matar ballenas: pág. 31.
Capilla de San Isidro: pág. 319.
Carabelas (Las): pág. 501.
Charadas: págs. 96, 160, 256 y 384.
Círculo para hacer los cálculos (Nuevo): pág. 188.
Conciencia (La): pág. 533.
Corrida de toros en un pueblo: pág. 59.
Cuadro de Fluixench: pág. 410.
Cuatro semanas en el mar glacial del Norte: página 503.
Don Pancracio y Juan Fernandez: pág. 378.
Dos amores: pág. 535.
Dos de Mayo (El): pág. 154.
Dos Hermanos (Los): pág. 123.
Dos madres: pág. 317.
Emboscada (La): pág. 479.
Empleo de los chorros de arena: pág. 502.
Epigramas: págs. 224, 255, 287 y 384.
Estío (El): pág. 439.
Flores de la ribera (Las): pág. 250.
Fosforescencia (La): pág. 380.
Gacela Mohr del Senegal: pág. 510.
Gitanos (Los): pág. 123.
Gran cucaracha americana (La): pág. 95.
Grupo de Daoiz y Velarde: pág. 154.
Hernan-Cortés: pág. 285.
Hernan Martin de San Clemente: pág. 468.
Historia del calzado: pág. 191.
Horno de combustion de los residuos: pág. 159.
Huesca: pág. 371.
Ideas sueltas: pág. 379.
Infierno del amor (El): pág. 347.
Ingleses y españoles en el polo Sur: págs. 19, 51, 83, 115, 146, 176, 211, 241, 274, 305, 336, 369, 401 y 433.
Jardines de Aranjuez (Los): pág. 154.
Kerabau el Testarudo: págs. 1, 33, 65, 97, 129, 161, 193, 225, 257, 289, 321, 353, 385, 417, 449, 481 y 513.
Lapones (Los): págs. 412 y 443.
Liebre providencial (La): págs. 59 y 180.
Limosna (La): pág. 373.
Máquina de coser (La): pág. 93.
Matatías: pág. 311.
Máximas de Antonio Perez: pág. 253.
Mercado de Bilbao (El): pág. 342.
Molino de Beaufort (Un): pág. 251.
Naipes (Los): pág. 479.
Nazareth: pág. 27.
Oricteropo de Etiopía (El): pág. 189.
Orígen de los árboles frutales: pág. 221.
Otelo y Desdémona: pág. 123.
Pascal: pág. 411.
Pensamientos: pág. 255.
Peña de los Cuervos (La): 245.
Pez (El): pág. 251.
Piano en la familia (El): pág. 27.
Pintor Ingres (El): pág. 28.
Prado (El): pág. 91.
Primicias (Las): pág. 533.
Progreso (El): pág. 253.
Puente (El): pág. 379.
Rapto (El): pág. 245.
Recuerdo de vecindad: pág. 535.
Recuerdos del 2 de Mayo de 1808: pág. 156.
Relojes misteriosos: pág. 62.
Romería de San Isidro (La): pág. 221.
Rueda de la fortuna (La): pág. 480.
Santa María de Veruela: pág. 282.
Santuario de Begoña en Bilbao: pág. 93.
Secreto del oro (El): págs. 199, 229, 262, 293, 325, 357, 389, 421, 453, 485 y 517.
Serenata (La): pág. 471.
Sin familia: págs. 13, 45, 77, 109, 140, 170, 205, 235, 268, 299, 331, 363, 395, 427, 461, 493 y 526.
Solidez de las maderas de construccion: pág. 159.
Sucedido: pág. 31.
Teatros en el siglo XVII: pág. 442.
Tigre blanco (El): págs. 7, 39, 71, 103, 134 y 166.
Tipos de Soria: pág. 380.
Tocador de vihuela (El): pág. 535.
Torbellino de nieve: pág. 531.
Torre de la catedral de Murcia: pág. 246.
Una tarde en San Juan de los Reyes: pág. 405 y 437.
Un cadáver más: pág. 538.
Uso de los zancos entre los insulares de las Marquesas: pág. 543.
Vanlóo (Cárlos): pág. 64.
Vilar y Roca (Don Manuel): págs. 446 y 500.
Visita de enhorabuena (La): pág. 29.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE GRABADOS.

¡Abandonado! : págs. 184 y 185.
Acto de llenar un globo : pág. 254.
Alegoría de la Páscua de Resurreccion : Suplemento al núm. 20.
Andaduras del caballo : cinco grabados, págs. 182, 183 y 186.
Antaño y ogaño : págs. 60, 61, 222, 223, 350, 351, 444, 445, 542 y 543.
Aparato para la combustion de los residuos : página 160.
Arado (El) : págs. 504 y 505.
Arriero catalan : págs. 216 y 217.
Ascension aereostática de Cárlos y Roberto : página 127.
Autógrafos célebres : pág. 125.
Barómetro (El) : tres grabados, pags. 476, 477 y 478.
Brazos y manos de hierro en la Edad Media : página 320.
Camino de hierro aéreo en Nueva York : dos grabados, págs. 187 y 188.
Cañon para matar ballenas : pág. 32.
Capilla de San Isidro : pág. 220.
Carabela del siglo XV : pág. 501.
Circos y jardines en competencia (tres grabados) : pág. 469.
Círculo para hacer los cálculos (dos grabados) : página 189.
Ciudadela del Cairo (La) : págs. 408 y 409.
Claustro de San Juan de los Reyes : pág. 438.
Costumbres populares de Aragon. La corrida de toros; págs. 56 y 57.
Cuadro de Fluixench : pág. 411.
Estío (El) : págs. 440 y 441.
Fabricacion de limas por medio de chorros de arena; pág. 503.
Familia de gitanos españoles : pág. 124.
Flor artificial embadurnada con un polvo fosforescente : pág. 383.
Flor emitiendo luz en la oscuridad : pág. 384.
Gacela Mohr del Senegal : pág. 512.
Galera del siglo XVI : pág. 502.
Globo Montgolfier de Pilâtre de Rozier : pág. 128.
Gorilla (El) : pág. 316.
Gran cucaracha americana (La) : pág. 96.
Grupo de Daoiz y Velarde : pág. 155.
Hermanos Montgolfier (Los) : pág. 128.
Hernan-Cortés (retrato) : pág. 288.
Ingres. J. D. A. (retrato) : pág. 20.
Jardines de Aranjuez (Los) : págs. 152 y 153.
Jeroglíficos : págs. 32, 128, 192, 320, 448 y 512.
Krusenstern (P.) (retrato) : pág. 506.
Lapones y sus patines : pág. 413.
Lapones y su trineo : pág. 414.
Manso (D. José) (retrato) : pág. 158.
Marina (estatua) : pág. 500.
Matatías : págs. 312 y 313.
Mercado de Bilbao (El) : págs. 344 y 345.
Mickiewicz (A.) (retrato) : pág. 352.
Modismos españoles : pág. 318.
Molino de Beaufort : pág. 252.
Monasterio de Veruela : págs. 280 y 281.
Motezuma : pág. 447.
Muerte de Jesus (La) : págs. 24 y 25.
Muerte de un gorilla : pág. 347.
Objetos diversos de los lapones : pág. 415.
Oricteropo de Etiopía : pág. 192.
Otelo y Desdémona : págs. 120 y 121.
Paracaidas (El) : pág. 256.
Pascal (retrato) : pág. 410.
Pastor de Villaciervos : pág. 380.
Pastora de Villaciervos : pág. 381.
Patio de las muñecas : pág. 283.
Pilâtre de Rozier : pág. 255.
Prado (El) : pág. 88.
Primera máquina de coser : pág. 94.
Primicias (Las) : pág. 534.
Rapto (El) : págs. 248 y 249.
Relojes misteriosos (tres grabados) : págs. 62 y 63.
Rueda de la Fortuna : pág. 480.
Sala baja del palacio de los reyes de Aragon : página 372.
San Juan de los Reyes : pág. 406.
Santuario de Begoña : pág. 89.
Serenata (La) : págs. 472 y 473.
Sombras de las manos : Suplemento al núm. 32.
Tipos lapones : pág. 416.
Tocador de vihuela (El) : págs. 536 y 537.
Torre de la catedral de Murcia : pág. 247.
Vanlóo (C.) (retrato) : pág. 64.
Ventajas de los que salen á veranear : pág. 508.
Vilar y Roca (retrato) : pág. 448.
Visita de enhorabuena : pág. 30.
Vista general del Cairo : págs. 376 y 377.
Zanco australiano : pág. 544.